L TEATRO
MODERNO

Felipe Sassone



¡CALLA, CORAZÓN!

RENSA MODERNA 5 50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 26 noviembre 1927 NÚM. 116

Felipe Sassone

¡CALLA, CORAZÓN!

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, el 1.° de junio de 1923

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Soledad...	*María Palou.*
Luisa...	*Herminia Mas.*
Engracia Aldamar...	*Ana Leyva.*
Invitada 1.ª...	*Luisa Cano.*
Invitada 2.ª	*María Bifano.*
Juana...	*Amparo Cortés.*
Don Antonio Gracia, Vizconde del Torrente..	*Alejandro Navarro.*
Moritz Defflempsen...	*Teófilo Palou.*
Rafael Montalbán, Marqués de Santolmo..	*Julio Costa.*
Fernán Gracia, Marqués de Cuevaclara...	*Fulgencio Nogueras.*
Luciano Medina Jaroa...	*Ramiro de la Mata.*
Gabriel Legarda...	*Elías Sanjuán.*
El Regente...	*Joaquín Mas.*
Pablo.	*Enrique Navarro.*
Un Criado...	*Alfonso A. Pacheco.*

La acción en nuestros días: los cuatro primeros cuadros en Madrid y el último en New York.—Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Sala-despacho en la gran librería e imprenta del Vizconde del Torrente, muy elegante, pero seria y sobria. Muebles ingleses con sillones amplios y profundos. Al fondo derecha, un poco achaflanada, una escalera bonita, de madera, que va al piso superior de la casa. Al fondo izquierda, haciendo "pendant" con el chaflán de la escalera, una mampara de paño verde que da al interior de la tienda. Segundo término izquierda, puerta que da a un pasillo que conduce a la calle. Primer término izquierda, puerta pequeña que da a un cuarto de libros. En el centro, bastante en segundo término, una gran mesa-escritorio con un sofá delante y de espaldas a ella. Tras el escritorio, adosado a la pared, un mueble antiguo lleno de libros viejos, ostentando en su parte superior un busto en bronce de don Benito Pérez Galdós, copia del de Victorio Macho. Derecha, primer término, un escritorio igual al del centro, con el sillón a la derecha. En cada escritorio un teléfono. Al fondo, junto a la escalera, una máquina de escribir. Un gran reloj de pared, andando.

ESCENA I

(En la mesa del centro, frente al público, Gabriel Legarda, hombre de unos treinta y cinco años, alegre y locuaz, pero insignificante, está escribiendo. En la misma mesa, a la izquierda, escribiendo también, Moritz Deftlempsen. Es un alemancito que aún no cumplió los treinta años, rubicundo y rasurado, con aire infantil de salud y de bondad. De espaldas al público, ante la máquina de escribir. Soledad, que tiene veintiocho años y un aire sencillo, a la par bondadoso y enérgico. Sobre el traje "tailleur" usa unos manguitos y un delantal negro y lleva colgada una tijera. Es en mayo y al mediodía. Al levantarse el telón hay una pausa llena de un silencio laborioso, que hace aún más sen-

sible y grave el carraspear de las plumas y el teclear de la máquina de escribir. El reloj da doce campanadas de un suave tono de bronce aterciopelado y sonoro.)

SOLED. ¡Vaya! La última campanada y la última letra. ¡Acabo con el día! *(Se levanta y va a la mesa del centro después de haber arreglado los papeles.)* Aquí tienen ustedes el inventario; copia doble.

GABR. ¿Pero ya, Soledad? ¡Si lo empezó usted esta mañana!

SOLED. ¡Ah, es que vuelo! *(Va haciendo mutis hacia la primera izquierda.)* Sesenta y ocho palabras por minuto en la Underwood. ¡Gran premio del año!

GABR. ¡Es usted extraordinaria! *(Soledad hace mutis.)*

MOR. Extraordinaria... y fuera de abono, como usted dice, don Gabrielito. Sesenta y ocho palabras al minuto y sesenta y ocho mil encantos por hora. ¡Oh, qué muguer! *(Se levanta y desde el centro de la escena mira hacia donde se fué Soledad.)* Ya está biblioteca, antes revuelta, ordenada, limpia, colosal. Ahora parece Paraíso, cuando que antes parecía muladar.

GABR. ¡Caramba, qué entusiasmo, her profesor!

MOR. ¡Ella merece todos! Ella es todo aquí y a la casa. Madre de familia, higa de familia, jefa oficina, directora, hada de trabago y encando de nuestros ogos. *(Va a sentarse donde estaba antes.)* Dulce como una grechten morena y fuerde y segura como una walkiria.

GABR. Bueno, Moritz, calle, que me va a confundir. ¿Tiene usted ahí el raspador para la tinta?

MOR. Toma raspador. *(Pausa. Trabajan.)*

ESCENA II

Dichos. Don Antonio, de la calle; luego, *Soledad,* por donde se fué, y al fin el *Regente* de la imprenta. Al aparecer *Don Antonio Moritz* primero y luego *Gabriel,* se ponen de pie. *Don Antonio* es un hombre distinguido,

con más de sesenta años, gastados en la inquietud y el trabajo. Llega con sombrero, que se quita al levantarse *Moritz.*

MOR. Buenos días.

ANTO. Buenos días, buenos días; pero siéntese, siéntese, Moritz; no me militarice usted la casa, hombre.

MOR. *(Sentándose. Gabriel lo imita.)* Usted manda.

ANTO. No vale la pena levantarse porque yo entre; estoy entrando y saliendo todo el día. ¿Y Soledad?

SOLED. *(Apareciendo.)* Papaíto.

ANTO. ¡Hola! Por ti preguntaba. *(Bajan los dos a primer término y van hacia la derecha.)*

SOLED. Pues a tus órdenes.

ANTO. Vengo del Banco.

SOLED. Para nosotros no hacía falta.

ANTO. ¿Tampoco hoy?

SOLED. Se me antoja que ya ninguna semana. Acabo de entregar al pagador el dinero íntegro de la plantilla y queda un saldo. *(Llegando hasta el escritorio.)* Mira la lista de suscriptores a la nueva obra.

ANTO. ¡Caramba!... ¡Enorme!

SOLED. Dios ayuda.

ANTO. Y tú trabajas, hija mía.

SOLED. Todos trabajamos, pero Dios ayuda.

ANTO. ¿Cuándo acabáis hoy? Son las doce.

SOLED. Un ratito más aún, papá. Como hacemos semana inglesa y no se trabaja por la tarde...

ANTO. ¿Cómo?

SOLED. ¿Te olvidas de que hoy es sábado?

ANTO. Es verdad. Bien, bien. Vendrá Rafael... ¿Supongo que pasará por aquí?

SOLED. Así lo espero.

ANTO. Le dices que arriba le aguardo. Vendrá también; bueno, ya verás. Es un día de grandes sorpresas hoy; ya verás.

SOLED. ¿Sí?

ANTO, Ya verás, ya verás... Hasta ahora. *(Sube la*

escalera. Soledad se queda en el escritorio de la derecha.) Hasta mañana. *(A los empleados.)*

GABR. Hasta mañana.

MOR. Hasta mañana, señor. *(Don Antonio hace mutis por la escalera. Trabajan. Pausa. Moritz llama por su teléfono.)* Sí, haga favor, que fenga reguente; sí, está yo misma; que fenga prondo. *(Pausa.)*

REGEN. *(De la tienda.)*—¿Mandaba, don Mauricio?

MOR. Don Mauricio suplicapa... ¡Oh!... Está la segunda fez que yo corrigue esto: *A* más *B,* elevado, cuyo, igual a *A* cupo; no a *A* sólo.

REGEN. Como el tres es tan chiquito...

MOR. El tres está chiquitito, pero el eeror está grande, colosal. ¡Oh! *A* sólo no está lo mismo que *A,* por *A,* por *A,* tercera potencia, multiplicado tres feces. Lo mismo que la *B* última, así: *A* más *B,* elevado cupo, igual a *A* cupo, más triple *A* cuadrado *B,* más triple *AB* cuadrado, más B cupo. ¡Oh!

REGEN. Como nosotros no sabemos de cuentas...

MOR. Pues fíquese; si no, tampoco no va a saber quien compra libros para aprender; y si sabe y fe eerror, tanto peor para nosotros.

SOLED. No se enfade, Moritz, no se enfade.

MOR. *(Al Regente.)* Anda, anda, tenga cuidado.

REGEN. Sí, señor. *(Medio mutis.)* ¿Quiere tercera prueba?

MOR. ¡Naturalmente! ¡Hasta que está bien! *(El Regente hace mutis a la tienda.)* Usted perdona, señorita Soledad, si yo grita algo.

SOLED. ¿Yo? Allá el pobre regente, que le ha contestado muy bien al decirle que ellos no saben Algebra.

MOR. Esos eerores en libros científicos están muy feos.

GABR. ¡Claro está! En los libros científicos y en todos los libros. No hay nada más feo que las erratas.

SOLED. Pues estas pruebas están que no hay por dónde cogerlas...

GABR. ¿Qué son?

SOLED. Citas del libro de Ortega Gasset. Versos de *La divina comedia,* en italiano.

MOR. ¡Oh! ¡Esto está más natural! ¡El italiano no es su idioma de los linotipistas! El Dante es difícil.

SOLED. Lo que no es natural es que un sabio como usted diga el Dante.

MOR. ¿Por qué, señorita Soledad? *(Se pone de pie.)*

SOLED. Porque es un disparate, porque sobra el artículo. Los italianos anteponen el artículo *el* a los apellidos o a los motes, no a los nombres. Así se dice: il Sanzio, il Bonarroti, il Greco, lo Spagnoletto; nunca dijeron il Raffaello, ni el Michelangelo, ni el Domenico. *(El alemán pone cara de asombro.)*

GABR. Por consiguiente, se dice L'Alighieri y Dante, a secas; pero no el Dante.

MOR. Muchas gracias. *(Se sienta.)*

GABR. Aquí, todos somos sabios, profesor.

ESCENA III

Soledad, Moritz, Gabriel; por la puerta de la tienda, *Vendedora,* y luego, por la escalera, *Luisita,* en traje de *soirée.*

VEND. Con permiso. Señor Legarda, ¿hay obras del barón...? ¿Cómo me han dicho? Una cosa así como Jumbó...

GABR. ¡Atiza! ¡Todos somos sabios, profesor! *(A la Vendedora.)* Barón de Humboldt, habrán querido decir... Humboldt.

VEND. Eso es; sí, señor.

GABR. Pues eso es del negociado del profesor.

MOR. Yaj, barón Humboldt, gran viaguero América. Espera. *(Consulta un librito de notas.)* Estande número cuatro, primero compartimiendo.

SOLED. ¿Quién pide eso?

VEND. Un señor que habla cantando, con un acento muy meloso.

SOLED. Ya, un americano, seguramente. Vaya, vaya usted. *(La Vendedora hace mutis a la tienda.)*

MOR. Usted perdona, señorita: cómo sabe usted que es un americano?

SOLED. Por el acento meloso y por lo que pide. Humboldt y Chateaubriand son los primeros paisajistas y marinistas de América.

MOR. ¡Caramba, usted verdaderamente hechicera!

SOLED. ¿Cómo?

MOR. Adivinadora, quiero decir.

SOLED. ¡Ah!

MOR. Usted adivina, deduce, acierta siempre. *(Luisita por la escalera.)*

LUISA. Buenos días.

GABR. Buenos días, Luisita.

SOLED. Pero, chica, ¿vienes así?

LUISA. Te he mandado llamar tres veces, y no subías...

SOLED. Esperaba acabar.

LUISA. Pues la modista no espera, y no quería quedármelo sin que lo vieras.

GABR. Es precioso.

LUISA. Como que es de la Casa Madelaine y Madelaine, de París. Un modelo nuevo. *(A Soledad.)* ¿A ti qué te parece?

SOLED. ¡Ay, hermana, qué quieres que yo te diga! Si me preguntaras por la orla de una página o por las tintas de un grabado...

LUISA. Bueno; pero los colores siquiera. *(Mientras Soledad contempla a su hermana suena el teléfono de Moritz.)*

MOR. Sí, ya, en seguida. *(Deja el fono.)* Es para usted, don Gabrielito.

SOLED. *(A Gabriel, que se ha levantado.)* De paso puede usted cobrar y marcharse cuando quiera. Y usted también, Moritz.

MOR. Gracias; ya voy, ya voy. *(Gabriel hace mutis por la tienda.)*

GABR. Adiós, profesor. Hasta el lunes. *(Mutis.)*

SOLED. Hasta el lunes.

LUISA. Bueno, ¿qué?

SOLED. Entonar, entona perfectamente.

LUISA. ¿Verdad que sí?

SOLED. La combinación de colores resulta preciosa. Ahora que el escote...

LUISA. Nada, nada. Yo sólo te pregunto por los colores; y si está bien, de lo demás yo respondo.

SOLED. ¿Lo ha visto ya papá?

LUISA. Papá no entiende. Estoy esperando al marqués de Santolmo. Rafael sí que entiende. Ese es mi único consejero.

SOLED. Bueno, bueno; pero ahora vete. Puede entrar cualquiera de la tienda. ¡Qué diría!...

LUISA. Pues diría que hay aquí una mujercita muy elegante... ¡Ni que fuera un traje sicalíptico!

SOLED. No, mujer; pero es un traje de baile, y aquí, a las doce del día...

LUISA. Aquí, a las doce del día, no es tan bonito como en un salón, a las doce de la noche, con muchas luces y con mucha música; pero es siempre bonito. Mira, mira con qué gracia cae este pico.

SOLED. Bueno, mujer, bueno.

LUISA. *(Imitándola.)* Bueno, mujer, bueno. ¡Huy, cómo te pones! Ya me voy. Encima que te consultan, que te pido tu opinión.

SOLED. Es que...

LUISA. Calla, calla, no me digas nada. Imita al sabio éste, que ni ojos tiene. ¡Sabio! *(Tirando de las orejas a Moritz.)*

SOLED. *(Reconviniéndola.)* ¡Chiquilla!

MOR. ¡Señorita!

LUISA. ¿Qué te parezco, sabio?

MOR. Me gusta mucho, me parece muy bien.

LUISA. *(Imitándole.)* Me gusta mucho, me parece muy bien. Muchas gracias.

SOLED. *(Reconviniéndola.)* ¡Luisa, Luisa!

LUISA. No te apures, ya me voy. *(Inicia el mutis por la escalera, y cuando ya está arriba, dice:)* Si viene Rafael, que suba, que tengo que enseñarle mi compra.

SOLED. Sí, mujer.

LUISA. Adiós, filósofo.

MOR. Adiós.
SOLED. Anda, anda. *(Luisita hace mutis por la escalera.)* ¡Qué chiquilla!
MOR. Gracias a Dios que se fué. No podía trabagar.
SOLED. Cuidado, Moritz; no hable de ella; es muy buena mi hermanita.
MOR. Es muy buena, pero viene aquí a distraernos del trabajo, vestida de cupletera.
SOLED. ¡Hombre, Moritz! ¡Viene con su traje de baile a que yo la vea!
MOR. Bailadora o cupletera, está lo mismo. Señorita Luisa no trabaga, y viene a enseñar trajes caros que se compra sin trabagar.
SOLED. *(Severa.)* Bueno, basta ya, Moritz.
MOR. Perdone, señorita Soledad.

ESCENA IV

Soledad, Moritz, y de la calle, *Rafael Montalbán, Marqués de Santolmo.* Llega con sombrero, como todos los que vienen de la calle. Es un hombre de treinta y cinco años, varonil, elegante, simpático, con un aire débil y tranquilo. Luego, el *Regente, de la tienda.*

RAF. *(Entrando.)* ¿Molesto?
SOLED. *(Muy alegre, levantándose y yendo hacia él.)* ¡Rafael! Usted no molesta nunca: pase, pase...
RAF. Buenos días. Buenos días, profesor.
MOR. *(Haciendo una reverencia.)* Buenos días, señor marqués.
REGEN. *(Saliendo.)* Señorita, con permiso.
SOLED. ¿Qué hay?
REGEN. Las cubiertas, señorita..., y esto. *(Le entrega un paquetito.)*
SOLED. ¡Ah! *(Al Marqués.)* Perdón, ¿eh? A ver...
RAF. Siga... ¡No faltaba más! *(Va a la mesa de la derecha y hojea unas revistas, mientras Soledad habla con el Regente.)*
SOLED. No, no; nada de arabescos ni adornos; ni una pleca siquiera..., y esta letra..., mire, Moritz.
MOR. *(Levantándose.)* Señorita Soledad,

SOLED. ... Va usted con el Regente y arrégleme esto. Ya sabe usted mis gustos: sencillito, y todas las titulares de la misma familia. Estas del cuatro, y aquí, a dos cíceros.

REGEN. Y aquí, ¿no le parece, señorita, una línea sola, de ocho puntos?

SOLED. Sí, eso sí; hará bien. La letra del texto, a gusto de Moritz. Y suspendan el trabajo en seguida.

REGEN. Buenos días, señor. *(Reverencia.)*

RAF. Buenos días. *(Mutis tienda Regente y Moritz.)*

SOLED. Bueno. Más vale llegar a tiempo que rondar un año.

RAF. ¡Ah, sí! ¿Cree usted que llego a tiempo?

SOLED. Usted siempre llega a tiempo a esta casa. *(Rafael se inclina.)* Pero lo ha preguntado usted con mucho interés...

RAF. Será... que lo tengo. *(Pausa. Se miran. Ella, muy seria; él, sonriente.)* ¿Sabe usted que el refrán en sus labios me ha sonado como un augurio? *(Pausa breve.)* ¿Se puede saber por qué llego a tiempo?

SOLED. Se puede, sí, señor. *(Enseñándole el paquete que acaba de entregarle el Regente y desenvolviéndolo.)* Por esto. Los sonetos de Shakespeare, en inglés. *(Entregándole los libritos.)* La *Confession d'un enfant du siècle*, de Musset, en francés, y estos dos tomitos, *I Promessi Sposi*, de Manzoni, en su lindo italiano original. ¿No era eso lo que usted quería?

RAF. Un millón de gracias. Preciosas encuadernaciones... Como de manos...

SOLED. De manos, no; pero yo misma las he dirigido...

RAF. Otra vez muchas gracias. Y ahora, el comprador, que le gusta pagar al contado...

SOLED. ¡Oh, eso no! Nadie habla aquí de pagar, que es palabra que ofende, como dicen en *Los intereses creados*.

RAF. Pero, señorita...

SOLED. Me llamo Soledad. ¿No quiere usted enterarse?

RAF. Bueno, Soledad; es que yo no puedo llevarme esto así: son encuadernaciones caras...

SOLED. Tan caras..., que no tiene usted dinero con que pagarlas.

RAF. Es verdad. No tengo dinero, no hay dinero en el mundo con que pagarlas. *(Pausa breve. Se miran de la misma manera que antes. Ella, apasionada y seria; él, sonriente y sin advertir esa pasión.)*

ESCENA V

Soledad, Rafael, y de la calle, *Fernán Núñez, Marqués de Cuevaclara,* sesenta años bien conservados y alegres. Muy distinguido, muy elegante y muy madrileño al hablar.

CUEV. ¡Santos y buenos días!

SOLED. ¡Tío Fernán! ¡Tú! ¿Pero tú?

CUEV. Yo mismo, Solita, yo mismo. *(Un abrazo largo muy afectuoso.)*

SOLED. ¡Tío Fernán!

CUEV. *(Inclinándose.)* ¡Caballero!

SOLED. *(Presentándole.)* El Marqués de Santolmo; mi tío, el Marqués de Cuevaclara.

RAF. ¡Encantado!

CUEV. ¡Felicísimo! Marqués de... ¿cómo dijiste?

SOLED. Santolmo.

CUEV. ¿Hijo de Rafael Montalbán, por supuesto?

RAF. Sí, señor.

CUEV. ¡Caramba, caramba! ¡Cuánto me alegro! ¡Gran tresillista y gran amigo, Rafael! ¡Algunos codillos le di!

RAF. ¡Pobre papá! ¡Era un idólatra de ese juego!

CUEV. ¡Gran juego, querido marqués! ¡Juego español, juego de hidalgos! Por eso ya no se estila. Ahora es el *poker*, el *wist*, el *bridge*... Ahora priva lo extranjero.

SOLED. *(Que no ha dejado un instante de mirar a su tío.)* ¿Pero cuándo has llegado, tío?

CUEV. Ahora mismo, hace unas horas...

SOLED. ¿Y cómo has sabido la casa?

CUEV. Me dió la dirección tu padre,

SOLED. ¿Pero ya has visto a papá?

CUEV. *(Sentándose. Los demás le imitan. Soledad, a su lado, en el sofá.)* Sí. Como llegué sin un cuarto español, fuí al Banco a cambiar unos francos, que perdieron toda su franqueza y se convirtieron en peseta y media, y allí estaba el primo Antonio. ¡Rozagante como una manzana y alegre como un pandero! Me dijo que había obtenido un gran triunfo, que viniera por acá a enterarme.

SOLED. Sí, hace ocho días que hemos puesto a la venta la edición de lujo de las obras de Galdós.

CUEV. ¡Ah! ¿Sí?

RAF. Los periódicos se han hecho lenguas elogiándolo.

SOLED. *(Yendo al escritorio a coger un diario.)* ¡Papá está más contento! El *A B C* trae un artículo precioso con motivo de la gran fiesta social, intelectual y comercial que ofreció ayer don Antonio Gracia, Vizconde del Torrente, en su lujosa casa-almacén de la Gran Vía.

RAF. Léalo usted todo, Soledad.

SOLED. No, no.

RAF. Es demasiado modesta. No quiere leer porque tejen el elogio de la señorita Soledad, alma máter, madre nutricia, como si dijéramos, de toda la librería. ¿No dice así? Me sé casi de memoria el artículo.

SOLED. Por eso no lo leo, para no creer en mí, oyendo lo que de mí dicen los demás, el sentimiento de la vanidad, que no tengo.

RAF. ¡Pero, Soledad!

CUEV. Lee, lee, no seas niña.

SOLED. No, no. Ya lo leerás tú. Son demasiados elogios a mi persona. Me da vergüenza. Después de todo, ya lo sabes: es nuestra historia. Que papá, a los veinte años, no heredó más que unos libros viejos y un título; que en lugar de ser un noble vergonzante, fué un noble trabajador, y vendió esos libros y los volvió a comprar después, y hoy están otra vez sustentando el bus-

to de Galdós, del Maestro, luciendo como un trofeo en la gran casa editorial del Vizconde del Torrente, que se gana su pan difundiendo a torrentes, así dice aquí; difundiendo a torrentes la sabiduría española fuera de España y la sabiduría extranjera en su tierra. Y éste es su orgullo, nuestro orgullo.

CUEV. ¡Y muy legítimo y muy alto!

RAF. ¿Pero de veras no sabía usted nada?

CUEV. No, marqués. He llegado hoy apenas.

SOLED. El tío Fernán es diplomático.

RAF. ¡Ah!

CUEV. Para servir a usted. El secretario de primera clase más movidito de todo el escalafón. Ahora me he pasado cuatro años entre el Perú y Francia. De Lima a París, pasando por Madrid unos días. ¡Ya ve usted qué salto!

SOLED. ¡Qué divertido, tiíto, viajar, conocer!...

CUEV. Te diré: por mi estómago y por mi bolsillo lo siento. Con los sueldos que nos paga el Estado y los banquetes que se aceptan y se devuelven, fíjate bien; y se devuelven, pues ya sé la vejez que me espera... Es decir, que no me espera, que ya vino: dispéptica y paupérrima. Para gastarme lo mío, mejor me lo gasto aquí. He pedido un permiso.

RAF. ¡Ja, ja, ja! Además echará usted de menos España.

CUEV. Eso no; fuera de España, no. Lima es la tierra más española del orbe. Nos adoran. Ahora mismismo le han regalado los peruanos un palacio a nuestra Legación, que si el Estado español lo amoblara y el ministro ganara para comer..., ¡pues aquello sería el Paraíso! Y en París..., en París..., creo yo, creo yo... *(Canturreando.)* en París ya tenemos una Raquel Meller francesa cantando "el Relicario" en el idioma de Molière. Donde echo de menos España es aquí, en España.

SOLED. ¿Y eso, tío?

RAF. ¿Es posible?

CUEV. Usted verá. La última vez que desembarqué en Cádiz, hará un año, venía yo de América ganoso de pescaíto y de vino del nuestro. Soy muy castizo, ¡qué quiere usted! Y, nada, ¡ni eso había! Me sirvieron unos soldaditos de Pavía que habían estado con Francisco I, ¡mi palabra de honor! Y así está todo... ¿Quiere usted? *(Ofreciendo a Rafael un cigarrillo, que éste acepta.)*

RAF. Muchas gracias.

CUEV. Madrid entero se acuesta a sus horas...; es decir, a sus horas, no. A las horas de los países civilizados y fúnebres. Y así está mi Madrid, que ya no es mi Madrid. Se acabó el café Español, con sus gotas y sus goteras, sus peñas y su política. Se acabó el agarrao. Ahora priva el cabaret con su tango, que no es tango, y sus foxtrotes y sus jaz. A la chula repeinada y retegraciosa la sustituyen las señoritas cabareteras con unos sombreritos del "Bon Marché" que se los han tirado con honda. A la guitarra, que era nuestro instrumento nacional, la han destronado esas orquestas, con ralladores, sartenes, bocinas, cacerolas, tantanes, carracas y gritos salvajes.

SOLED. ¡Ay, es verdad, tío! Música de negros.

CUEV. De antropófagos, sobrina. En mis tiempos se comía sin música, que es la única manera de comer de verdad. Pero, señor, si hasta con los toros han acabado a patadas los profesores de fútbol. Y ya ve usted lo que está pasando con el "simón", que era un vehículo lento, para pensadores, que le va a ganar la pelea la zapatilla ésa del sidecar. Así estamos, que llegamos a tiempo a todas partes. ¿Quiere usted nada más antiespañol? Ya vamos siendo hasta puntuales, que era lo único que nos faltaba para dejar de ser nosotros.

RAF. Me parece que exagera usted, Marqués.

CUEV. ¡Nada, hombre, nada! España se está volviendo Europa..., y no puede ser.

SOLED. Europa fué siempre, tío. Lo que pasa es que Europa, y España, y el mundo entero se están volviendo un poco yanquis.

CUEV. Y se están, oído a la frasecita; se están, a ver si lo digo; se están... despintoresquizando. ¡Ole! ¡Así, despintoresquizando! Y lo más raro es que a España se la llevan a los rascacielos de los dentistas, y a lo mejor o lo peor, para oírle un fandanguillo a la Niña de los Peines va a haber que marcharse a Nueva York.

RAF. *(Levantándose.)* ¡Ja, ja, ja! Lo que saco en limpio de todo esto es rabia de no vivir en España. Es usted un buen español, y me felicito de haberle conocido.

SOLED. ¿Pero se va usted, Rafael?

RAF. Tengo que ver a más gente en esta casa. ¿No cae usted? Subo, con su permiso, a ver a su padre. Tenemos que hablar.

SOLED. ¿Algo grave?

RAF. Grave, no; importante, sí, y muy agradable si sale como yo quiero.

SOLED. Saldrá.

RAF. Depende de ello nada menos que mi felicidad. Usted..., que es todo en esta casa, hija, hermana, madre, fuerza pensante y directora..., ¿cree usted que venceré? ¿Lo cree?

SOLED. Vaya usted a hablar con papá.

RAF. Marqués..., honradísimo... Soy su amigo.

CUEV. Gracias, muchísimas gracias, yo también. *(Se estrechan la mano. Rafael hace mutis por la escalera, y Soledad se lo queda mirando hasta que desaparece.)*

ESCENA VI

Soledad, Cuevaclara, y luego *Moritz,* de la tienda.

CUEV. ¿Me quieres decir quién es éste?

SOLE. ¿Cómo?

CUEV. Bueno, quién es, no; ya sé quién es, en cuanto

me dijiste Marqués de Santolmo. Conocí mucho a su padre, que llevaba muy bien el título y era un caballero dignísimo.

SOLED. Pues éste no lo es menos seguramente, aunque no tan brillante ni tan locuaz.

CUEV. Pues eso es lo que me importaba saber.

SOLED. Es muy bueno, muy bueno y muy simpático Rafael.

CUEV. ¿Conque Rafael, eh? Os tratáis con mucha confianza, por lo visto.

SOLED. Sí. Es uno de los pocos asiduos de la casa, y le queremos mucho todos. Es tan fino, tan atento... No tiene ya ni padre ni madre, ni parientes; dice que nos considera como su familia; no deja pasar día sin venir. Es el consejero de modas de mi hermana. Y de libros también entiende mucho.

CUEV. ¡Vaya! Conque te es simpático el marquesito, ¿eh?

SOLED. Sí, ¿por qué? ¿Le extraña?

CUEV. No; por el contrario, me alegra que simpatices con marqueses, que no hayas perdido tu sentido de aristocracia.

SOLED. Pues claro que no lo he perdido. Acaso no esté yo conforme con el que hereda una fortuna; con el que hereda un título, sí.

CUEV. No te entiendo, chica.

SOLED. Pues es muy sencillo. Soy aristócrata por...

CUEV. Porque lo eres, porque tu padre y mi primo es el Vizconde del Torrente y no el carnicero de la esquina.

SOLED. Muy bien. Pues sí, soy aristócrata por lo que la idea de aristocracia trae consigo, por lo que significa el título que se hereda, que al fin de cuentas vale más que el que se gana.

CUEV. ¿Eh?

SOLED. Sí, señor tío. El primer marqués de Santolmo, por ejemplo, acaso fué un destripaterrones.

CUEV. ¡Calla, calla!

SOLED. O un rudo guerrero medioeval, o un paje, o un criado que cercenó dos cabezas de un man-

doble, o asesinó por su señor, o cumplió quién sabe qué pecaminosos manejos de correveidile o de tercero, y por eso le dieron el título.

CUEV. ¡Jesús, Jesús!

SOLED. Pero los hijos, y mejor que los hijos los nietos, y mejor aún los bisnietos y tataranietos de ese primer marqués, para marqueses se criaron, y educados en hidalguía, por responder al linaje y abonarle con sus acciones, fuéronse haciendo cada vez más caballeros y más finos, hasta dar por resultado este Marqués de Santolmo actual, que ya sabe serlo.

CUEV. ¡Caracoles, y adónde hemos venido a parar!

SOLED. Pues ya ves que tengo razón. El héroe rudo de un romance en fabla retoña en un galán madrigalesco, en un tipo de decadencia, ¿cómo lo diría yo?; en un fin de raza quintaesenciados de elegancia el cuerpo y el alma.

CUEV. ¿Un fin de raza has dicho? ¿Eso es el Marqués de Santolmo? ¡Fin de raza, yo! ¡Yo, que también soy marqués con título viejo! ¡Fin de raza, yo, que ya no hay peligro de que me reproduzca!... ¡Y perdona la brutalidad de la expresión! ¿Pero Santolmo? Todavía puede casarse y tener un hijo..., y, a lo mejor, puede casarse contigo.

SOLED. ¡Ay tío, por Dios!

MOR. *(De la tienda.)* ¡Oh, usted perdone, señorita Soledad!

SOLED. De nada, Moritz.

MOR. Usted perdone, señor.

SOLED. *(Presentándole.)* Mi tío, el Marqués de Cuevaclara... Moritz Deftlempsen, alto empleado de la casa.

MOR. ¡Oh, señorita Soledad! *(Al Marqués.)* Tanto gusto ponerme a sus órdenes, señor Marqués. ¡Oh, señorita Soledad! Usted perdone, pero yo tengo que comunicarle una cosa muy grave y muy tremenda...

CUEV. ¡Si estorbo!...

MOR. ¡Oh, no! Usted no estorba nada. Me estorba

a mí decir esta cosa tremenda: yo tengo mucho miedo.

OLED. Ande, ande; a ver, ¿qué pasa?

IOR. Pasa..., pasa..., ¡oh, es tremendo!... Pasa que yo me he tomado la libertad de hacer arreglar luces de despacho de dentro... ¡Oh! Y el electricista ha pasado la cuenta y está tremenda...: tres pesetas ochenta.

OLED. Claro, y usted, como traduce el dinero a marcos, todo le parece colosal. Bueno, hombre, bueno. Pase usted la cuenta a la Caja, y que la paguen.

IOR. Gracias, señorita. Yo también quiere a usted decir otra cosa muy grave. Ya todos se han ido, y entonces yo...

OLED. Puede usted irse también cuando quiera.

IOR. Está el caso que yo no quiero irme.

OLED. ¿Eh?

IOR. Si usted no quiere que yo me vaya.

OLED. Como no se explique usted un poco mejor...

IOR. ¡Oh, yaj! Yo procura explicarme, señorita. Yo pide permiso a la señorita Soledad para seguir trabajando mi traducción en el escritorio más pequeño. Hoy, semana inglesa; pero como yo soy alemán, yo trabajo siempre si usted me da su permiso. Entonces yo tomo un par de diccionarios que necesito.

OLED. Sí, hombre, sí. Vaya usted.

IOR. Muchas gracias. Entonces yo foy. *(Coge dos diccionarios gruesos del escritorio.)* Yo tengo mucho gusto ponerme sus órdenes, señor Marqués. *(Mutis por donde salió.)*

UEV. Adiós, hombre, adiós. *(A Soledad.)* Bueno, y este pájaro que carraspea el castellano, ¿quién es?

OLED. El director científico de la casa, nada menos. Tiene a su cargo la sección de Ciencias Naturales, de Filosofía y de Historia. Es un muchacho muy ingenuo, pero muy trabajador y muy inteligente. Entre él y Gabriel, que se ocu-

pa de literatura, puede decirse que llevan todo el negocio de nuestra librería.

CUEV. Bajo tu inmediata dirección y vigilancia, naturalmente. *(Ella hace un gesto vago de alegre resignación.)* ¡Qué Sole ésta! Dime, ¿y no te aburre ya tanto trabajo?

SOLED. No; todo lo contrario. Cumplo alegremente una misión que nadie me ha impuesto, que me impuse yo misma al morir mamá. Bueno, que no era entonces esta misión, sino la de cuidar de mi hermanita y hacer de ella una mujer. Ocho años tenía Luisita y yo diez y ocho... ¿No era mi deber servirle de madre? Y ahora que Luisa es una señorita y que el pobre papá no tiene las mismas energías de antes... pues... ¿te parece extraño, tío, que trabaje para los míos?

CUEV. No, si yo no lo censuro: eres flor de mujeres hacendosas y buenas; pero como eres flor... ¡qué quieres, chica!, me parece que ya vas necesitando jardinero; que no naciste para librera solterona, ¡qué caray! Bueno que hayas sido madre de una hermana; pero ya va siendo hora de que te prepares para ser madre... de... de tus hijos...

SOLED. Para lo cual hace falta, primero, casarse, y luego, tenerlos.

CUEV. Que no es ninguna cosa del otro jueves. ¿No es eso? *(Enciende un cigarrillo.)* Vamos a ver: una confidencia con tu tío, a quien se ve de tarde en tarde, pero a quien se quiere de veras.

SOLED. Ya puedes jurarlo.

CUEV. Sí, lo sé, y no haces más que pagar... Vamos a ver: ¿no has pensado nunca en que tu verdadera misión de mujer no es apolillarte entre estos librotes? ¿No estás enamorada, por lo menos así, vagamente, del amor? Habla.

SOLED. Eres muy curioso, tío.

CUEV. Es que te quiero mucho, sobrina.

SOLED. Pues...

CUEV. ¿Qué? ¿Qué?

SOLED. Enamorarse del amor no creo que sea lo que más pueda convenirle a una señorita soltera que sólo consentiría en dejar de ser señorita para ser... ¡señora!

CUEV. ¡Ole con ole! En eso no desmientes la casta.

SOLED. Ahora..., enamorarse de un hombre, pero de un hombre de verdad y con la intención de que sea para siempre..., eso... ya me parece bonito y razonable.

CUEV. ¡Ole con ole y con requeteole! *(Se mete el cigarrillo en la boca por la candela.)* ¡Puaf! ¡Canastos!

SOLED. ¡Tío! ¿Qué te pasa?

CUEV. Nada, que me he abrasado la lengua con el pitillo.

SOLED. ¡Por preguntón! *(Cuevaclara sigue haciendo gestos.)* ¿Quieres un poco de agua?

CUEV. No, deja, ya pasó. No he hecho más que apagarlo. Vamos a ver: estábamos en que enamorarse de un hombre te parecía bien, y ahora yo pregunto: ¿existe ese hombre? *(Pausa breve.)* ¿E-xis-te ese hom-bre?

SOLED. Yo tengo en mi corazón todo dispuesto para recibirle dignamente... cuando él quiera llamar.

CUEV. ¡Caramba, que estás enigmática! Pero hay alguien ya, que si no llamó, anda dándole paseos a la puerta, ¿eh?

SOLED. Mi corazón sabe por quién quiere ser llamado, y hasta me anuncia que van a llamar muy pronto.

CUEV. Pues ya estamos al cabo de la calle. Ahora no falta más que el nombre. El que va a llamar, ¿es... un fin de raza? *(Pausa.)* ¿Callas? Luego otorgas.

SOLED. Ni otorgo ni afirmo. No hago más que callar. No tengo relaciones con nadie; nadie me habló con palabras de amor; pero sea el que deba ser y el que será, tu sobrina no se queda para vestir imágenes. Bástete con eso.

CUEV. No, no. El nombre, el nombre. Venga el nombre.

SOLED. ¿Eres capaz de guardar un secreto?

CUEV. ¡Naturalmente! ¡Con siete cerrojos y siete llaves!

SOLED. ¿Sí?

CUEV. Sí, mujer, sí.

SOLED. Pues... yo también.

CUEV. ¿Eh?

SOLED. Que yo también sé guardar un secreto, y si tienes esa virtud, no sé por qué has de quitármela a mí.

CUEV. ¡Ah, pícara! Pues yo daré con el galán. Dime al menos que cuando haya de saberse, tu tío será el primero...; mejor: el heraldo que propale la noticia. ¿Sí?

SOLED. Te lo prometo.

CUEV. Me lo prometes y me das un beso. *(Se besan.)*

ESCENA VII

Soledad, Cuevaclara y, por la escalera, *Luisita,* con otro traje, e inmediatamente *Don Antonio* y el *Marqués de Santolmo.*

LUISA. *(Bajando.)* ¡Tío Fernán, tiíto!

CUEV. ¡Muchacha!

LUISA. ¿Conque vienes repartiendo besos? Pues ahora mismo, uno muy grande para mí.

CUEV. Con mil amores.

LUISA. Y tu aprobación y tu enhorabuena.

CUEV. ¿Mi enhorabuena?

ANTO. *(Que sale con Rafael a tiempo de escuchar las últimas palabras.)* Sí, Fernán, tu enhorabuena. Se nos casa Luisita.

CUEV. ¿Que te casas?

LUISA. Sí, me caso. Bésame tú también, hermana, madrecita. *(Las dos mujeres se abrazan en primer término derecha, y los tres hombres forman grupo hacia la izquierda, casi al centro de la escena.)*

ANTO. Sí, Fernán. El marqués de Santolmo me ha hecho el honor de pedir la mano de Luisita.

RAF. El honor, no; no diga usted eso. Y llámeme usted Rafael a secas. Y usted también.

CUEV. Yo, sí, Rafael; enhorabuena, Rafael. *(Le da la mano.)*

ANTO. Nos quedamos solos, nos dejan, Soledad.

SOLED. *(Corriendo a abrazarle.)* Papaíto.

RAF. ¡Por Dios, no se aflijan ustedes; nadie los deja! La familia aumenta, ¿verdad, Soledad?

SOLED. Desde luego. Ya ves, tío, cómo todo se andará.

ANTO. ¿Eh? ¿De qué se trata?

SOLED. Cosas nuestras. Medio minuto, y soy con todos. *(Hace mutis por la segunda izquierda.)*

LUISA. Pues ésa, ahí donde la veis, está más emocionada que yo.

ANTO. Es natural. No olvides nunca que ha sido tu segunda madre. Tiene la misma emoción...

RAF. Cuidado, cuidado. Nada de tristezas, que es mal agüero.

ANTO. No, señor, no, Rafael. Nada de tristezas. Almuerza usted con nosotros. Almuerzas con los tuyos, y tú... *(A Cuevaclara.)*

LUISA. *(Llamando.)* Chiquilla, Soledad, ¿no vienes?

SOLED. *(Desde dentro.)* Estoy arreglando unos libros. Medio minuto, y voy. Sigan, sigan ustedes.

ANTO. ¡Hala, hala, vamos! Vosotros delante. *(Hacen mutis por la escalera Luisita y Rafael, Antonio y Cuevaclara. Estos últimos, del brazo.)* Chico, no sé; quiero reír y quiero llorar... No sé. Ya te contaré, Fernán; más a mi gusto no podía ser. *(Mutis.)*

ESCENA VIII

Soledad, sola; luego, *Moritz.* Soledad sale de la lateral retorciéndose las manos, ahogada por los sollozos. Llega a la escalera, se detiene, sube unos peldaños, los vuelve a bajar y cae de bruces, llorando a gritos, sobre el escritorio del centro. Cuando se ha calmado un poco y los

sollozos son menos perceptibles, aparece de la tienda Moritz cargado con los diccionarios, y al ver la actitud de Soledad los deja caer, lleno de asombro.

SOLED. ¡Oh!
MOR. Usted perdone; se cayeron los libros.
SOLED. ¡Hola, Moritz!
MOR. Usted está llorando. ¿Por qué llora?
SOLED. No, no, no lloro; no es nada.
MOR. Usted llora por nada, señorita Soledad. ¿Qué tiene?
SOLED. *(Severa y contenida.)* No, Moritz, no lloro.
MOR. Pero entonces...
SOLED. Le he dicho a usted que no estaba llorando, que no lloro.
MOR. Es verdad. *(Vencido.)* Usted no llora. *(Se agacha a recoger los libros.)*
SOLED. Con permiso, Moritz. *(Ella sube lentamente la escalera. Cuando ha subido cuatro peldaños, Moritz no puede contenerse y exclama:)*
MOR. Señorita Soledad, yo... *(Ella se vuelve, muy severa.)* Nada, nada, perdone. Usted no llora, usted no ha llorado nunca.
SOLED. Así es: nunca.
MOR. *(Mientras Soledad sube repite para sí, con voz muy emocionada.)* Está bien, está muy bien.
SOLED. *(Ya arriba.)* Hasta mañana, Moritz.
MOR. *(Con la voz ahogada en llanto.)* Hasta mañana.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salita pequeña, medio despacho, medio biblioteca, en casa del Vizconde del Torrente. Al fondo, un mirador con cierre de cristales. Chaflán hacia la izquierda, y en la pared del chaflán frontera al público una puerta con una cortina de cuentas o de cañas, es decir, a hilos, que se puede pasar por ella sin correrla. A la izquierda, formando chaflán también en segundo término, una puerta de arco que da a un saloncito y después al salón de baile. En primer término derecha, otra puerta. En primer término, al centro de la escena y un poco a la izquierda, una mesa de tresillo. Mesitas con licores, cigarrillos, cigarros, encendedores, etc., etc. A los lados del mirador, un despacho y un armario con libros. Cuadros y armas antiguas en las paredes.

ESCENA I

Es de noche y muy tarde. En la mesa de tresillo están jugando *Engracia Aldamar, Viuda de Araoz,* frente al público; mujer en el otoño de su hermosura; a su derecha, sin jugar, *Soledad;* después, jugando, dando el costado derecho al público, *Luciano Medina Jarpa,* joven elegante y donjuanesco; *Don Antonio Gracia,* de espaldas al público, jugando también; a la izquierda, el *Marqués de Cuevaclara.* Apoyado en el espaldar de la silla de Medina Jarpa, el *Marqués de Santolmo; Rafael* mira el juego. Las señoras visten de "soirée" y los hombres de **frac.**

MARQ. *(Aconsejando a Luciano.)* Cedásela, cedásela.

CUEV. ¡Hombre, Rafael, Rafael!

LUCIA. Ahí va. *(Jugando.)*

SOLED. Y usted teniendo triunfo, ¿por qué no se llevó la baza anterior?

ENGRA. Nos hubiéramos endosado antes, hijita.

LUCIA. Bueno, ahora...

RAF. Ahora ya puede usted tenderse. *(Luciano tiende las cartas.)*

ENGRA. Nada, no hay quien le ponga un juego.

CUEV. Ni quien se lo lleve. Es una cosa tremenda.

SOLED. Tiene gracia; el tío Fernán es el promotor del tresillo, y se pasa la noche renegando.

CUEV. Es que me paso la noche perdiendo. Cuando uno juega contra el señor Medina, juega contra tres: contra él, contra su suerte y contra los consejos de Rafael.
RAF. ¡Si no tenía remedio, hombre!
ENGRA. Lo ha jugado muy bien.
CUEV. Diga usted que ha robado muy bien, y no es llamarle ladrón, y que le han aconsejado mejor.
LUCIA. Sin consejos era igual.
ANTO. Bueno, bueno; ¿quién da?
ENGRA. Yo, yo.

ESCENA II

Dichos y *Luisita,* entrando por el arco del salón.

LUISA. ¿Pero no acaba esa partida? Lleváis tres horas jugando.
CUEV. Tu marido, hija. Aconseja y dirige, y se ha caído todo el mundo...
LUISA. Pues te reclaman todos en el salón, Rafael.
CUEV. Llevátelo, llevátelo.
LUISA. Y a usted también, Engracia; y a usted, Luciano.
RAF. No falta más que este pozo.
LUISA. Pues anda; vámonos, tú. *(A Rafael.)* Ahora se sienten antiguos; quieren bailar lanceros y que tú lo dirijas.
RAF. Espera, espera.
SOLED. Déjalo, mujer.
RAF. Déjame ver el fin de la batalla.
ENGRA. *(Que está dando y ha contado las trece cartas.)* Juegan ustedes bien.
LUCIA. ¡Y tan bien! ¡Juego!
CUEV. ¡Hombre, otra vez!
RAF. Y solo.
CUEV. Desde luego va a jugar solo, porque si sigues aconsejando, yo me voy.
RAF. O es solo o no es nada.

ANTO. Cállate ya, Rafael.
ENGRA. Además, Luciano no necesita consejos.
CUEV. Y aunque los necesitara...

El caballero mirón
deberá siempre pensar
que no debe aconsejar
ni estar dando su opinión;
porque en una diversión
en que hay también interés
parecerá descortés
y en cierto modo importuno
que por agradar a uno
se cause molestia a tres.

ANTO. ¡Caracoles, Fernán!
ENGRA. ¡Poeta también!
CUEV. Cuando hace falta corregir con gracia, sí, señora. "Castigat ridendo mores".
SOLED. Y latinista. Es un estuche.
CUEV. ¿Un estuche? Pues a ver si lo robo.
RAF. Todo pudiera ser.
CUEV. Tú te callas. ¿A qué es la caída?
LUCIA. Roben ustedes bastos.
CUEV. Vengan seis.
LUCIA. Le van a usted a servir para hacer leña.
CUEV. *(Robando muy alegre al ver sus cartas.)* ¡Ole, y ole, y ole y requeteole! ¡Sí, leña, leña va a haber! ¡Este es un codillo como una catedral!
LUCIA. No, me parece.
CUEV. Agora lo veredes, dijo Agrajes.
LUCIA. Y salgo de este reyezuelo de oros.
ANTO. Me dieron de eso.
CUEV. Y a mí también.
LUCIA. ¡Y viva el rey y viva mi juego! *(Tendiéndose.)* Para la espada, para la mala y para el basto, y lo demás a casita.
SOLED. ¡Jesús, Jesús!
CUEV. Inconcebible, inaguantable.
ENGRA. Un juego enorme, marqués.
CUEV. ¿Enorme sin estuches?
RAF. ¡Qué más da, hombre! Ocho triunfos de rey, caballo, sota y un rey de fuera: imponible.

ANTO. A treinta cada uno.
CUEV. ¡Bueno, hombre, bueno! Después de todo... *(Canturreando.)*

"No me importa que me ganen:
cuanto más pierda mejor;
desgraciadito en el juego,
afortunado en amor" (1).

ENGRA. No crea usted, marqués: el refrán miente. Cuando se tiene suerte, se tiene en todo.
LUCIA. Bueno es que lo diga una mujer tan guapa.
ENGRA. ¡Ay, hijo, yo no; yo ya pasé! Pero ¿quién no conoce las aventuras de Le Marquis de Priola, como le decían a usted en Montecarlo este invierno?
LUCIA. ¡Señora, por Dios!
LUISA. Bueno, vamos, vamos. *(Engracia y Luciano se levantan.)*
RAF. Vayan, vayan ustedes; yo voy en seguida.
LUISA. *(Cogiendo del brazo a Engracia.)* Bueno, que no tardes.
CUEV. *(Que ha contado sus fichas, saca de la cartera un billete, que entrega a Luciano.)* Ahí va, veinte duros redondos.
LUCIA. Gracias, y el desquite cuando usted quiera.
CUEV. Sí, sí. Cuando juegue solo, sin los consejos de éste. *(Por el Marqués, que está arreglando sus fichas con don Antonio.)*
LUISA. *(Que se había detenido a hablar un momento con Engracia.)* ¿Vamos, Luciano?
LUCIA. Con permiso. ¿Usted no viene, Soledad?
SOLED. *(Que está guardando las fichas en el fichero.)* Ahora mismo. *(Luciano, Engracia y Luisita hacen mutis por el arco al salón.)*
CUEV. Es una cosa imposible. Ese hombre o hace trampas o tiene trato con el demonio.
SOLED. ¡Ay, tío, por Dios!
CUEV. Lo digo como lo siento: de las dos cosas le creo capaz.

---

(1) Copla de *El Barquillero*, López Silva y Jackson.

ANTO. A éste no le es simpático.

CUEV. Absolutamente nada. ¿A qué negarlo?

RAF. Pues nosotros le conocimos en nuestro viaje de novios, y le hemos encontrado en Niza una vez, y en Viena otra; me parece un muchacho muy amable y muy simpático.

CUEV. Don Juan y tahur. Ya habéis visto que le llamaban en Montecarlo Le Marquis de Priola, como ha dicho esa doña Engracia, que es otra descocada que ya, ya.

SOLED. ¡Ay, tío! ¡Con qué lengüecita estamos hoy!

CUEV. Nada, nada; éstos no son de los míos. A ver si puede haber mayor provocación y mayor descaro y cinismo que la broma de la Engracia con el Lucianito acerca del juego, el amor y la suerte.

RAF. Usted también, cuando se pone a pensar mal...

SOLED. Mi tío en todo ve amoríos o casorios probables.

CUEV. O trapicheos o "divaneos", según. *(Don Antonio se ha levantado para ir a la mesita a coger un cigarrillo, y trae otro para Cuevaclara.)*

SOLED. Bueno, ¿vamos al salón, Rafael?

RAF. Te advierto que no tengo muchas ganas; pero porque no digan...

SOLED. A ustedes no hay para qué llamarles.

CUEV. Nosotros echamos aquí un cigarrito, lejos del bullicio.

SOLED. *(Llevándose a Rafael.)* Bueno, hasta ahora...

ANTO. Divertirse. *(Hacen mutis por el salón Soledad y Rafael.)*

ESCENA III

Cuevaclara, Don Antonio; luego, *Moritz,* y al final, un *Criado.*

CUEV. *(Que mientras don Antonio se ha sentado en un sillón ha ido hasta la puerta del arco viendo a los que marchan.)* ¡Bien, bien, bien, bien! *(Mirando el reloj.)* Cien pesetas menos, que se me ha llevado ese Marquis de Priola..., y la noche completamente joven.

ANTO. *(Desde su sillón.)* ¿Qué dices?
CUEV. Que no es la una todavía, y había tiempo para el desquite.
ANTO. ¿Pero querías jugar más?
CUEV. Sí, hombre, sí. Quería divertirme. Otra cosa no me divierte, porque hablar contigo... Tu casa está en fiesta; pero tú estás hecho una funeraria.
ANTO. ¡Ay!
CUEV. ¿Se puede saber qué tienes? *(Va a sentarse junto a él.)* Hace un año, cuando llegué te considerabas el más feliz de los hombres.
ANTO. Hace un año se casaba mi Luisita, y se me casaba bien.
CUEV. ¡Y casada está! ¿Y qué?
ANTO. Si no me dejas hablar, mal podrás enterarte de lo que me inquieta.
CUEV. Pues ya estoy como en misa. Habla, habla.
ANTO. Hace un año se me casó Luisita, que es quien debía casarse antes de mis dos hijas, aun siendo la menor. *(Cara de asombro de Cuevaclara.)* La otra, Soledad, me hacía falta a mí. Era y es mi ojito derecho. Gracias a ella, mi negocio está en el pie en que está: Soledad le hacía falta a la librería... y al librero. Luisita y su marido se marcharon a su viaje de boda...
CUEV. Era lo natural.
ANTO. Lo natural, sí; pero Soledad se quedó triste, muy triste... No me interrumpas; también era natural; sí, lo sé. Soledad fué siempre como una madre para Luisita, y al marchársele se quedó como la madre que pierde a su hija. Ahora ha vuelto el matrimonio; viven con nosotros; pero Soledad sigue triste, aunque lo disimule... Yo doy mis fiestas, mis recepciones semanales, para que mis hijas se diviertan..., ¡y se me antoja que no se divierte ninguna! Luisita, porque es demasiado alegre y tiene un marido demasiado serio; Soledad, Soledad... no sé por qué. Y esto es lo que me inquieta. Soledad trabaja demasiado.

CUEV. Pero, hombre, ¡por Dios!, qué ganas de amargarse la vida. Si todo va como sobre rieles. A Luisita le sienta bien un marido como el que tiene; es su contrapeso; y en cuanto a Soledad, no está triste. Está preocupada.

ANTO. ¿Preocupada?

CUEV. Es decir, acaso no sea exacta la palabra; pongamos enamorada, y estaremos más en lo firme.

ANTO. ¿Enamorada? ¿De quién?

CUEV. De... de... de Don Quéseyo quién. Puede que ni ella misma lo sepa; pero también ella querrá casarse, digo yo. A lo mejor, ese lindo Luciano gana al tresillo y al amor.

ANTO. ¡Quita, hombre, quita!

CUEV. Pues alguien tiene que ser. Y para mí que estoy sobre una buena pista. ¿No has reparado en lo agresivo que he sido con él? ¿No has visto mis alusiones a doña Encarna?

ANTO. ¿A Encarna? Engracia, querrás decir.

CUEV. Bueno, sí, la viudita... Esa distinguidísima relación vuestra... *(Antonio le oye con un gran asombro.)* Pues todo fué para ver qué cara ponía Soledad y si descubría algo.

ANTO. Tú ves visiones.

CUEV. Yo no veo nada. Quiero ver... y espero. Soledad se casará al fin.

ANTO. Pues es lo único que me faltaba.

CUEV. Soledad se casará... y tú te quedarás, primero, solo, y luego..., pues... ¡te morirás!

ANTO. ¡Pero Fernán!

CUEV. ¡Y yo, y todos! ¿Qué te habías creído? Nacer y morir son ineludibles obligaciones humanas que debemos aceptar con resignada sencillez. Palabras de un ahorcado momentos antes de la ejecución.

ANTO. ¡Bah! ¡Déjate de bromas!

CUEV. Nada. De aquí... a cincuenta años, ya ves que lo tomo largo, todos sin narices y con la misma historia: nacieron, trabajaron, gozaron, sufrieron y reventaron.

ANTO. Decididamente, no hay forma de hablar en serio contigo.

CUEV. La noche está joven y no es hora de tristezas. Es la hora de los hombres alegres y de los gatos no domésticos... *(Viendo aparecer a Moritz por el arco.)* Adiós, Tanháuser.

MOR. ¡Oh, marqués!... Yo fengo a despedirme.

ANTO. ¿Se va usted ya, Mauricio?

MOR. Ya pasó las doce y media; mañana por la mañana, siete mañana, tengo que estar en la oficina. Tengo que tener cabeza despierta; cuando la cabeza no ha dormido bien sólo sirve para poner sombrero.

CUEV. ¡Muchas veces ni para eso, porque me duele!...

MOR. Sí, señor.

ANTO. ¿Ha bailado usted mucho?

MOR. No, señor, nada. Yo nunca no baila nada.

CUEV. ¡Pero hombre!

MOR. Yo nunca no baila nada ni nunca no me baño en el mar. Yo baila solo en mi casa cuando suben los marcos, y me bañaré en el mar cuando haya naufragio; mar ensucia, no lava; sale uno ridículo, con pelos pegados, piedras en los pies y arenas en los dedos. Yo creo que meterse en el mar vestido por su propia voluntad es una gran tontería.

CUEV. Pues es raro; a usted por lo menos debían gustarle mucho los valses vieneses.

MOR. Yo no soy austriaco, señor. Soy alemán.

CUEV. Es verdad, y los alemanes no sirven ni para bailarines ni para toreros; son ustedes de una pieza; hay que aceitarles a ustedes las coyunturas.

ANTO. ¡Hombre, Fernán!

MOR. Señor marqués tiene mucha razón. Alemanes no sirven ni para toreros ni para bailarines. Sirven para mecánicos, agrónomos, doctores, filósofos, poetas y músicos; pero pueden aplaudir también a los bailarines y a los toreros. Yo aplaudo mucho a los toreros, porque las corridas son una fiesta española y en España to-

do es muy bonito, muy boino y muy colosal.

CUEV. Pues nada, recibo la lección y lo agradezco profundamente, ¡qué caray!

ANTO. ¡Bravo, Moritz, bravo!

MOR. Bravo nada. Yo soy que agradezco confianza al señor marqués, y a usted, don Antonio, el honor de haberme convidado a su casa. Y yo me voy. Mañana por la mañana, siete mañana, tengo que estar en la oficina. Muchas gracias, señor marqués; muchas gracias, don Antonio; usted nunca quiere que yo le diga vizconde. A sus órdenes, don Antonio. Boinas noches. *(Mutis.)*

ANTO. Buenas noches, Moritz.

CUEV. Adiós, hombre, adiós. *(Dirigiéndose a don Antonio.)* De todos los ejemplares que tienes en la librería, éste es el más interesante y el más gracioso.

ANTO. ¡Ay, sí!, muy trabajador y muy gracioso; pero tiene una cabeza más dura...

CUEV. Ya sé, ya sé. Es un alemán que parece nacido en Ricla.

CRIA. *(Saliendo por la primera lateral derecha.)* Señor marqués...

CUEV. ¡Ah, ya sé!... ¡Yo lo sé todo! La señorita Soledad, ¿no es eso?

CRIA. Sí, señor marqués. Que si hace usted el favor de venir a darle su aprobación al ponche. Así me ha dicho.

ANTO. ¿Al ponche?

CUEV. Sí, un ponche frío inventado por mí, que se llama el refresco de Belcebú y que le estoy enseñando a hacer a Solita.

ANTO. *(Sonriendo.)* ¡Qué Fernán!

CUEV. *(Al Criado.)* Que voy en seguida. *(Mutis del Criado por donde apareció.)* Una combinación diabólica que se me ocurrió una noche tropical en Nicaragua. Una cosa estupenda, chico. Mereció los aplausos de Rubén Darío, que si como poeta era un príncipe, como catador era... ¡un dios! Jugo de piña y champaña de la viu-

da, "half and half", mitad y mitad; clara de huevo, curaçao, marrasquino, "kirsch", carnes de mandarina helada...

ANTO. ¡Jesús, Jesús!

CUEV. Vamos, vamos; ven conmigo.

ANTO. Vamos donde tú quieras.

CUEV. Verás qué refresco; ¡a la segunda copa haces versos ultraístas! *(Mutis los dos por la primera lateral derecha.)*

ESCENA IV

Engracia, Invitada primera, Invitada segunda, Luciano y Gabriel, por el arco del salón.

ENGRA. ¡Que no, que no; el tabaquiño, no! Yo me refugio aquí, me escondo...

INV. 1.ª ¡Ay, no! Báilelo usted.

INV. 2.ª Sí, sí.

ENGRA. Que no; yo no lo bailo...

GABR. ¿Por qué no, señora, si dicen que lo baila usted divinamente?

ENGRA. Lo bailaba. ¿Pero cómo quiere usted que ahora... y en un salón, delante de tanta gente...? Usted sabe, Luciano...

LUCIA. ¿Yo? A mí me parece usted siempre Terpsícore.

ENGRA. Sí, Terpsícore después de haber tomado la Emulsión Scott.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

ENGRA. No, no; ni tan vieja como para bailar lanceros, ni tan loca como para bailar el tabaquiño brasileño, con lo agitado que es, y delante de tanta gente. No, no.

INV. 1.ª Pues entonces que Gabriel nos lea las líneas de la mano.

INV. 2.ª Sí, sí.

INV. 1.ª Aquí no hay ruido ni viene nadie.

GABR. Bueno, pero conste que yo digo la verdad sin rodeos.

INV. 2.ª ¡A mí, primero; a mí, primero!

NV. 1.ª No, a mí, a mí. Aquí, en el mirador...

NV. 2.ª *(Yendo al mirador con Gabriel. La siguen todos menos Luciano, que baja a primer término derecha, hasta la mesita, y se sirve un "whisky" con sifón.)* Aquí, sí; ¡qué bonito! *(Encienden las luces del mirador.)*

NV. 1.ª ¡Ay, chica, no enciendas! ¿Para qué? *(Apaga.)* Así, así, con la luna, está precioso. Resulta más nigromántico. *(En el mirador, Invitada primera, Invitada segunda y Gabriel. Engracia baja a reunirse con Luciano.)*

NGRA. Tú, lejos, ¡claro! Me huyes, pero yo vengo a ti.

UCIA. Yo le ruego a usted...

NGRA. ¿A qué viene ese usted ceremonioso, si no nos oye nadie?

UCIA. ¡Por Dios, prudencia!

NGRA. Prudencia, no; Engracia; me llamo Engracia.

UCIA. Déjese usted de bromas; yo le suplico...

NGRA. ¿Prefieres que me ponga seria de veras? ¿Es que ya me aborreces? ¿Que ya no me puedes ver?

UCIA. Sí, mujer, sí; te puedo ver. Me eres muy simpática: siento por ti una verdadera amistad.

NGRA. Calla, calla. Eso es lo que yo te ofrecía, amistad, cuando tú pedías más. ¿Te acuerdas? "La amistad es un amor... sin alas—me dijiste—, y nosotros debemos volar." Y ahora sí quieres volar; pero solo.

UCIA. Mira, yo te ruego...

NGRA. Déjate de rogativas, y sé más sincero, ya que no puedes ser como debes.

UCIA. ¿Como debo?

NGRA. Sí, como debes. ¿Quién te gusta ahora?

UCIA. No me gusta nadie.

NGRA. ¿Quién es la que va ahora a tu "garçonnière" de Don Juan insaciable?

UCIA. Nadie; no inventes, Engracia.

NGRA. Yo no invento; pero ¿quién es la que va a ir, si es que por ahora no va ninguna todavía?

LUCIA. Mira, Engracia, mira: yo te prometo que hablaremos; pero ahora...

ENGRA. Está bien, hablaremos. Pero escúchame en se rio antes: si me has de dar una cita, me hace el favor de acudir. *(Movimiento de impacienci de Luciano.)* Ya te dejo, no te impacientes. Es pero la cita; pero si no acudes, si pretende darme largas, si sospecho siquiera que ha otra, yo te juro que me vengaré sea como sea ¿Lo oyes? Y yo no amenazo en balde. De m no te burlas tú. Me defendí demasiado y ro gaste demasiado para que me conforme co haber sido un pasatiempo.

LUCIA. Es que...

ENGRA. Basta. Tú sabrás a qué atenerte. *(Se dirige a mirador.)*

LUCIA. *(Siguiéndola.)* Pero oye, mujer, oye...

ESCENA V

Dichos. Luisa y *Rafael,* por el salón.

LUCIA. *(Viendo a los que llegan, cambia el tono d voz, para disimular.)* Sabe usted, Engraci que...

LUISA. Pero ¿qué es esto?

ENGRA. ¡Hola, Luisa!

LUISA. ¿Más prófugos del salón? ¿Y ustedes ahí, e la penumbra?

INV. 1.ª *(Encendiendo la luz.)* Estábamos consultand al quiromántico; nos decía nuestra suerte.

LUISA. ¡Hala, hala! A bailar.

GABR. Se empeñaron en que les leyera la mano a l luz de la Luna.

LUISA. Pues nada, aquí no finges tú de madame c Thebes. ¡A bailar todo el mundo!

INV. 2.ª Bueno; pero con la condición de que Engrac baile el tabaquiño.

ENGRA. ¡Pero, señor, qué empeño!

LUISA. Lo bailará. Vamos, vamos.

ENGRA. Vamos, Luciano.

NV. 1.ª Usted lo bailará con ella, ¿verdad? *(A Gabriel.)*

NV. 2.ª *(A Luciano.)* Creo que nos salimos con la nuestra. Engracia va a bailar el tabaquiño con Gabriel.

ENGRA. *(Que ya ha hecho mutis.)* Sí, sí.

GABR. *(Haciendo mutis también.)* Pero si yo no sé...

LUISA. *(Que ha obligado a hacer mutis a Engracia, a las Invitadas y a Luciano, se dirige a su marido, que ha pasado lentamente de derecha a izquierda.)* ¿Tú no vienes?

RAF. No, estoy un poco cansado, me duele la cabeza.

LUISA. ¿Pero te vas a acostar?

RAF. Sí; me despido a la inglesa: leo un poquito y te espero.

LUISA. ¿Te ha molestado algo?

RAF. No, mujer; ¡qué idea! ¿Qué me podía molestar? Pero como ya no soy mocito *(Sonriente.)*, no estoy para bailes. Soy un señor casado, tu prisionero...

LUISA. Entonces, yo...

RAF. Tú, no; tú, no. Vé y diviértete y atiende a los invitados sobre todo. Anda, anda... *(Le besa la mano muy cariñoso y hace mutis por la lateral del chaflán.)*

ESCENA VI

Luisa, que se dirige al salón cuando aparece *Luciano* por la puerta de arco, y a su tiempo *Soledad,* por la puerta de arco también.

LUCIA. Luisa, ¿está usted sola?

LUISA. Ahora... con usted.

LUCIA. Pues es usted... la capitana mariposa.

LUISA. *(Que baja a primer término derecha con un aire desenvuelto y provocativo.)* ¿Cómo?

LUCIA. No me he atrevido a llamarla a usted Capitán Araña porque me parecía feo; pero embarca usted a los demás y se queda en tierra. *(Ya están los dos un poco en primer término y hacia la derecha.)*

LUISA. Sí, tal vez; pero conste que me quedo sola y que no busco los sitios apartados para flirtear, como otros. *(Muy coqueta.)* ¡Qué!... ¿Se ha verificado ya el milagro de la gracia? ¿Le ha vuelto a caer en gracia alguien? ¡Ja, ja, ja!

LUCIA. No se ría usted, Luisa; me hace daño su risa.

LUISA. Pues a mí me haría daño mi llanto, amiguito.

LUCIA. Le advierto a usted que entre Engracia y yo...

LUISA. ¡Eh, eh! ¡Poco a poco! Eso a mí no me interesa en absoluto. Bueno, y hablando de otra cosa, ¿cómo aquí tan solitario?

LUCIA. Venía precisamente para no estarlo; venía en busca de usted.

LUISA. ¿Para que bailáramos?

LUCIA. Según el sentido que le dé usted al baile.

LUISA. Pues el que tiene: bailar por bailar...

LUCIA. Es de la única manera que no entiendo el baile: bailando por bailar.

LUISA. El arte por el arte, querido amigo. Usted, que es un foxtrotista estupendo...

LUCIA. Por hábito y por educación, Luisa; pero bailo sin que me guste. Mis pies siguen el ritmo; pero yo no me intereso. Ahora, cuando bailar no es un fin, sino un medio *(En este momento aparece, sin ser vista, Soledad por la puerta de arco, detrás de los interlocutores. Oye unas palabras, y de puntillas, deslizándose casi, llega al mirador, lo apaga y se oculta en él);* cuando se baila por llevar entre los brazos a una mujer a quien se adora, para hacer ante los demás, sin que adivinen nuestros sentimientos, lo que no podemos hacer a solas; cuando se baila por sentir el aroma de unos cabellos y de un aliento, por bañarse en la luz de unos ojos..., entonces..., entonces... *(Suspira.)*, entonces sí vale la pena de bailar. *(Pausa.)* ¿Quiere usted bailar conmigo esta noche?

LUISA. ¡Oh! ¡Va usted muy de prisa y muy lejos! *(Apartándose de él, pero siempre coqueta.)*

LUCIA. Voy todo lo lejos y todo lo aprisa que me lleva mi corazón. *(Se acerca a ella.)* ¡Luisa!

LUISA. ¡Luciano, por favor!

LUCIA. ¿No se acuerda usted de lo que la dije, hace unos meses, en Niza, una noche como ésta?...; ¿no recuerda usted?

LUISA. Calle, calle; aquí no podremos hablar.

LUCIA. ¿No podremos hablar a solas, largamente nunca? ¿No querrá usted nunca?

LUISA. Es difícil.

LUCIA. No me diga usted que es imposible, no me lo diga usted.

LUISA. Es difícil, Luciano.

LUCIA. Dígame usted otra vez que no es imposible.

LUISA. Ahora no, Luciano; ya hemos hablado mucho aquí. Ahora no. Váyase usted.

LUCIA. ¿Que me marche?

LUISA. De aquí, de esta sala. Yo voy dentro de unos minutos; márchese usted; yo volveré.

LUCIA. *(Ya en la puerta del arco.)* ¿De veras? ¿Vuelve usted?

LUISA. Sí; todavía bailaremos juntos esta noche.

LUCIA. Usted manda, Luisa... ¡y yo espero! *(Mutis Luciano besándola la mano. Luisa atraviesa la escena para hacer mutis por el chaflán, cuando Soledad sale y la detiene llamándola.)*

SOLED. ¡Luisa!

LUISA. ¿Tú, Soledad? ¿Qué pasa? ¿De dónde sales?

SOLED. De ahí, del mirador: felizmente, he escuchado.

LUISA. ¿Qué has escuchado? No te entiendo.

SOLED. No te hagas de nuevas, no disimules, o se volverá indignación en mí lo que sólo es lástima.

LUISA. Yo...

SOLED. Calla.

LUISA. ¡Oh, hermana! ¿Qué es esto? ¿Qué te figuras?

SOLED. Calla, te digo. No voy ni a insultarte ni a reñirte.

LUISA. ¡Claro que no! ¡No hay por qué! El que me digan cuatro galanterías y yo las escuche no es...

SOLED. Es muy grave, hermana, tan grave... como acaso no puedas pensarlo, y porque sé que no

lo piensas y que no lo sabes no te riño: te amonesto.

LUISA. Ese caballero llegó cuando...

SOLED. ¡Chist! Si he oído vuestra conversación; he oído la audacia, la osadía de hombre de presa con que te invitó a bailar.

LUISA. Pero yo me negué, también lo oirías...

SOLED. Sí, lo he oído todo; también cuando a la palabra "imposible" respondiste por dos veces "difícil, difícil", con un tono que era una promesa y una vergüenza.

LUISA. ¡Soledad!

SOLED. ¡Una vergüenza, sí! No te asustes: repito que no quiero reñirte. Quiero ser por un instante tu conciencia, por si tu conciencia se ha dormido en un mal momento. Eres una mujer casada, Luisa; una señora...

LUISA. Pero una señora en sociedad no puede evitar...

SOLED. Una mujer decente no se da jamás por aludida de nada que la pueda ofender...

LUISA. El no me ofendió.

SOLED. Te ofendió, pues que te hizo el amor. Te ofendiste tú misma, porque escuchaste. Escuchar palabras de amor de otro hombre cuando ya no se es libre... equivale a consentir..., a prometer..., y la mujer casada que promete, que ofrece su amor, se mancha irremediablemente. si no cumple la promesa, porque engaña; si la cumple, porque engaña también, y en este segundo caso, con pecado y con traición. *(Pausa.)* Y ahora yo te pregunto: ¿Cómo ha prendido, hermana mía, esa flor de veneno en tu alma? ¿De dónde ha venido esa semilla de maldad que que jamás hubo en toda nuestra casta? ¿Es posible que tú, tú, mi hermana, hija de la misma madre y del mismo padre que yo, hayas sido capaz de esto? ¿No te morirás mañana de angustia cuando tengas que confesar, mañana mismo, de rodillas, este horrible pecado de tu pensamiento? ¿No te das a ti misma un poco de horror? *(Luisita rompe de pronto a*

llorar convulsamente.) ¡Ah, gracias a Dios! Llora, llora. ¡Tú no sabes cómo me alegra verte llorar! Llora: las lágrimas limpian.

LUISA. ¡Mamaíta Soledad!

SOLED. Ven acá, ven acá. *(Abrazándola.)* Así, mamaíta Soledad, así me llamabas, llorando también, cuando mamá se fué y no tenías más que ocho años. Llora, llora aquí, en mi pecho, y límpiate el alma; hazte pura e inocente otra vez como entonces. Sé pura como una niña, y reflexiva y segura como una mujer.

LUISA. Perdóname, perdóname.

SOLED. Sí, porque aún es tiempo, ¿verdad?

LUISA. *(Haciendo pucheros.)* Sí.

SOLED. Y confesarás mañana, y olvidarás...

LUISA. Sí, sí...

SOLED. Lo prohibido parece dulce, pero amarga mucho después. No hay dolor como el arrepentimiento cuando ya el mal no tiene remedio. Tu marido es un hombre bueno, noble, digno de ser adorado...; lleva de nuevo hacia él tu corazón..., y empieza ahora, ahora mismo; vé, vé con él; si está cansado, cuídale, acompáñale, mírate en él...; anda, y ya no salgas más esta noche. Empecemos ahora mismo la enmienda. El otro, el lobo, vendrá por ti en cuanto vea que tardas; yo le diré de tu parte...

LUISA. ¡De mi parte! ¿Qué?

SOLED. Que te has sentido mal y que me comisionas a mí para que baile con él la danza que teníais comprometida.

LUISA. No, eso no.

SOLED. Sí, así verá que yo nada sé; pero adivinará que tú nada quieres, que vuelves sobre tus pasos, y te dejará en paz. Anda, anda con tu marido.

LUISA. ¿Me perdonas?

SOLED. Sí, chiquilla, loca, sí; te quiero, os quiero mucho, mucho, a los dos. ¡Tú no sabes cuánto! *(Va a llorar, pero se contiene.)* Anda, anda, fué un mal sueño...; ya hemos despertado...; ahora, a olvidar.

LUISA. Buenas noches..., ¡mamaíta Soledad!

SOLED. Buenas noches..., ¡hijita de mi corazón! *(Las dos hermanas se besan tiernamente, y Luisa hace mutis por el chaflán. Soledad se queda un momento pensativa y exclama:)* ¡Pobre Rafael... y... pobre de mí! *(Se limpia nerviosamente con los dedos las lágrimas que asoman a sus ojos, y diciendo "¡Bah!" se encamina al salón de baile mientras cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

Casa de soltero de Luciano Medina Jarpa. Habitación rectangular pequeña decorada con sencillez y buen gusto. Al foro, bastante a la izquierda, puerta que da a un pasillo que conduce a la escalera de entrada. Se oirá el ruido de la puerta que está al fin de este pasillo cada vez que entre o salga un personaje. A la izquierda, en el término medio de la pared de este lado, puerta de dos hojas que conduce a las habitaciones interiores. En la pared de la derecha, frente a la puerta, ventanal con cristales de colores que impidan ver desde la calle. A la derecha del foro, en la pared, diván turco con muchos almohadones, una repisa formando escuadra dobla por el ángulo derecho de la pared. Esta repisa es una librería de un solo anaquel con un centenar de libros muy bien encuadernados, que se suponen son novelas galantes y literatura erótica, tenidos allí más por lujo mundano que por hábito de estudio o por afición literaria. En las sinuosidades de las telas que tapizan la pared, entre el diván y la repisa, algunos retratos de artistas, mujeres, en traje de carácter: una Walkiria, una Manón, una bailarina caprichosa, por ejemplo. En lo alto de la repisa, vasos, bronces, "bibelots", cacharros artísticos. En la pared, un cuadro semidesnudo, de pintor moderno. Salón de París, Néstor, Beltrán o un fino dibujo de mujer de Ramón Casas, o un jardín, de Santiago Rusiñol. Frente al diván, que forma un rincón acogedor y mimoso, una mesita baja con todo lo necesario para fumar. En primer término derecha, dos mesitas para te, una con las tazas y otra auxiliar con el servicio y la "boullard". Dos sillas junto a las mesas. En la esquina izquierda del foro, formando chaflán, una vitrina llena de

cosas; a la izquierda, primer término, un "bureau" pequeño, cerrado. Sobre la puerta lateral izquierda, una panoplia de armas modernas, espadas, floretes y sables, de combate, sin caretas. Es por la tarde.

ESCENA I

Luciano, que está un rato asomado a la cristalera entreabierta, como atisbando, luego cierra y se pasea nerviosamente mirando el reloj, y a poco *Pablo*, criado, por el foro. Se oye abrir la puerta y *Luciano* corre al foro en seguida.

LUCIA. Vaya, al fin.

PABLO. *(Que aparece con unos paquetes.)* Es que no había flores, señorito, de las que a usted le gustan.

LUCIA. ¿Pero no has traído ninguna?

PABLO. Sí, señor, señorito; ahí están. Esto son los emparedados, las pastas y los bombones.

LUCIA. Dame los bombones. Lleva lo demás al comedor, que ya me serviré yo mismo, y trae las flores. ¡Vivo, que es tarde!

PABLO. Sí, señor, señorito. *(Le deja un paquete chico y se lleva los otros dos foro izquierda. Luciano desenvuelve el paquete chico, que es de marrones "glacé" y frutas confitadas, y llena un par de cacharros de la mesa auxiliar con el contenido. Mientras hace esta operación se ve a Pablo cruzar por el foro de izquierda a derecha, y sale después por la derecha trayendo un gran brazado de flores.)*

PABLO. Las flores, señorito.

LUCIA. Trae, trae. *(Se pone a colocarlas él mismo en los vasos del rincón turco, y para hacerlo esparce las flores antes sobre el diván. Pablo pretende ayudarle.)* No, no; deja, las colocaré yo mismo, y vete ya, que es muy tarde.

PABLO. Yo no tengo la culpa, señorito. Da la casualidad que el señorito no madruga, y hace bien el señorito, que para eso es el señorito; que si yo

fuera el señorito, pues tampoco madrugaría.

LUCIA. Bien, bien.

PABLO. Y como el señorito me dió tarde el encargo, pues no pude encontrar antes. .

LUCIA. Basta, Pablo. Yo no te echo la culpa; digo que es tarde, nada más.

PABLO. Sí, señorito.

LUCIA. Y si me entretengo en oír las explicaciones que no te pido, será más tarde aún. No quiero que la señora encuentre a nadie. Son las cinco ya. Conque ¡hala!, y dale esto al portero.

PABLO. ¡Cinco duros al portero, señorito!

LUCIA. Y otros cinco para ti. Toma.

PABLO. ¡Dios se lo pague, señorito!

LUCIA. Y dile que se largue, que digo yo que se marche, y no volváis ni tú ni él hasta las nueve. ¿Me entiendes?

PABLO. Sí, señorito; hasta las nueve, y muchísimas gracias. *(Mutis, y luego se le ve pasar de izquierda a derecha.)*

ESCENA II

Luciano, arreglando las flores, y *Luisa*, por foro derecha. Antes se habrá oído, después de la pasada de *Pablo*, abrir la puerta del pasillo y cerrar después. Luciano no ha parado mientes en ello hasta que el "frou-frou" de la seda le anuncia la presencia de la mujer. Interrumpe su tarea al ver a Luisa, que, tocada con un gorrito y cubierta con un velo, se queda en el vano de la puerta, apoyándose en el quicio como si se fuera a caer. Buena cantidad de flores han quedado esparcidas sobre el diván.

LUCIA. ¡Tú!... ¡Al fin! *(Luisa se cubre la cara con el manguito y rompe a llorar.)* Pero chiquilla, ¿qué tienes?

LUISA. Me han visto, me han visto.

LUCIA. Pero ¿quién?

LUISA. Tu criado. En el momento en que yo iba a tocar abría él la puerta. Se inclinó...; yo pasé

sin preguntar... Es espantoso: me han visto.

LUCIA. No te ha visto la cara... No sabe quién eres... Pero no llores, no llores.

LUISA. Perdona... es horrible...; me has enloquecido.

LUCIA. ¡Calla, calla! Ven, cálmate. Quítate el sombrero.

LUISA. Estoy asustada... *(Se deja llevar por Luciano hasta el diván.)*

LUCIA. Siéntate aquí. Anda, levanta el velo. *(Ella le obedece, y se quita los guantes.)* Tienes las manos heladas... ¡Tiemblas!

LUISA. Luciano, por Dios. Has podido más que todo: más que las reflexiones de mi hermana, más que mi deber. Me ha vencido tu amor.

LUCIA. ¡Calla, calla!

LUISA. Te ruego que tengas piedad de mí.

LUCIA. *(Sentándose junto a ella en el suelo, sobre unos cojines.)* Cálmate. Tomaremos aquí el te, juntos. Verás. Charlaremos. Yo me sentiré feliz de oír tu voz, que va a alegrar por unos instantes mi pobre casa. Serénate, anda; serénate, mi vida. Y, ante todo, gracias, con toda mi alma, gracias por haber venido. *(Suena un timbre largo. Pausa. La ansiedad se pinta en el semblante de los dos enamorados, que escuchan sin hablar. Dos timbres más, muy seguidos y muy breves.)*

LUISA. ¡Dios!...

LUCIA. ¡Chist!... *(Haciéndola callar, se pone de pie.)* No temas. Yo no abro. *(En la puerta de fuera suenan golpes dados con la mano y la voz de Soledad.)*

ESCENA III

Dichos y *Soledad,* que entrará a su tiempo.

SOLED. *(Dentro.)* Abrid. Abran. Abreme, Luisa...

LUISA. Mi herma...

LUCIA. ¡Calla!

SOLED. Luciano, Luisa, abran. *(Suena el timbre. Luego, golpes.)* Es un peligro horrible...

LUISA. Abre, por Dios, abre. *(Luciano va a abrir. Mientras tanto, Luisa se acurruca en el rincón, haciéndose un ovillo en el diván.)*

LUCIA. *(Dentro.)* Señorita, yo no comprendo... *(Se oye el portazo.)*

SOLED. *(Entrando desolada, mira a su hermana.)* ¡Loca, loca!

LUISA. *(Sin moverse.)* Perdón.

LUCIA. ¡Pero señorita!

SOLED. *(Que apenas puede hablar.)* No vengo a reprochar... No pregunto... Vengo a salvar a mi hermana...

LUCIA. Pero...

SOLED. Tu marido lo sabe todo. *(Luisa se pone instintivamente de pie. Y mientras Soledad habla llega con pasos torpes, deslizándose por la pared, hasta la mesa de la derecha, donde deja, al apoyarse, los guantes, el manguito y el bolsillo de oro.)*

LUISA. ¡Dios mío!

LUCIA. Calma, calma.

SOLED. Hará una hora. Al entrar en su despacho... he visto un anónimo, que leí y dejé.

LUCIA. ¿Qué decía?

SOLED. Todo. Invitaban a Rafael a que viniera aquí, a que esperase a la puerta de esta casa.

LUCIA. ¡Ah, esa maldita mujer! ¡Ha cumplido su amenaza!

SOLED. Fuí a tu cuarto... Te he buscado como una loca por toda la casa, por las tiendas, por las calles céntricas. Se me ocurrió venir. *(Luisa tiembla como una azogada.)* Usted, por Dios, sálvela.

LUCIA. Calma, calma.

SOLED. Rafael va a venir.

LUCIA. No viene, no viene.

LUISA. ¡Dios mío!

SOLED. Estoy segura de que viene... El anónimo estaba estrujado. . Es horrible... *(Suena un timbre largo. Los tres personajes se quedan de piedra. Soledad da un grito ahogado.)*

LUCIA. ¡Chist! *(Hablando con el aliento.)* El es.
SOLED. *(Con el aliento también.)* No abra, usted, por Dios; no nos movamos; no hablemos.
LUCIA. Sería inútil. Esperaría a la puerta.
LUISA. ¿Entonces?
LUCIA. ¡Chist! *(El timbre suena otra vez.)* Pasen ustedes aquí.
SOLED. ¿Pero cómo?...
LUCIA. Yo lo recibo y lo despido. Es inevitable. Es mejor. Entrad, entrad; cerrad por dentro, y pase lo que pase, no salgáis. Pronto, pronto... *(Soledad ha cogido a su hermana del brazo; Luisa ha cogido de la mesa el manguito, los guantes y el bolso. Luciano las lleva hacia la lateral izquierda, las obliga a hacer mutis, y cuando oye que han cerrado la puerta tras sí, se serena un instante y acude a abrir en el momento en que suena el tercer timbre.)*

ESCENA IV

Luciano y *Rafael.*

LUCIA. *(Dentro.)* ¡Oh, marqués! Pase usted. Viene usted a honrar mi pobre casa. Pase usted. *(Entran los dos en escena. El Marqués, un poco cortado.)*
RAF. Gracias.
LUCIA. *(Quitándole el sombrero y los guantes, que coloca sobre una silla.)* Permítame usted.
RAF. *(Cada vez más cortado.)* Gracias, muchas gracias.
LUCIA. No había usted querido venir nunca...
RAF. Pasaba... así, y he subido. *(No sabe qué decir, mirando a las paredes de la habitación.)* Vive usted como un ermitaño...; claro que como un ermitaño elegante, lleno de sedas y de flores. *(Luciano sonríe y hace un gesto vago, un poco cortado a su vez.)* Esta es la casa del silencio.
LUCIA. Hoy es día de permiso para mis criados. Pero... siéntese, siéntese.

RAF. Gracias. *(Se sienta hacia la derecha, de espaldas a la mesa. Luciano está de pie todavía.)* ¿Iba usted a salir, quizá?

LUCIA. Sí... *(Rafael quiere levantarse, y Luciano lo detiene con el gesto.)* Pero no importa; tengo siempre unos minutos para usted. Usted me dirá. *(Cogiendo una silla y sentándose enfrente de él.)*

RAF. *(Rechazando el cigarrillo que le ofrece Luciano.)* Muchas gracias. No, ahora no. Pues... nada... Me detuve bajo la marquesina de su puerta a guarecerme de la lluvia y caí en la cuenta de que estaba ante la casa de usted. Se me ocurrió preguntar al portero...; no había portero...; subí un poco inconscientemente...

LUCIA. *(Advirtiendo la turbación de su visitante, dice con irónica naturalidad, chupando el cigarrillo que ha encendido.)* Perdone usted, Marqués, pero no me explico su falta de franqueza.

RAF. ¿Mi falta de franqueza?

LUCIA. Sí; no es usted franco en este momento.

RAF. *(Levantándose.)* He sido toda mi vida franco, leal, recto.

LUCIA. *(Levantándose.)* Yo no he querido ofenderle. Me figuré...

RAF. ¿Que había subido por algo? *(Luciano hace un gesto que, sin afirmar, vale una afirmación.)* ¿Y por qué se lo imaginó usted?

LUCIA. ¡Qué sé yo! Su actitud, esta visita tantas veces solicitada por mí..., cumplida ahora de repente.

RAF. Y tiene usted razón: no he sido sincero con usted.

LUCIA. Siéntese, se lo ruego.

RAF. Pero no lo he sido, porque precisamente al trasponer los umbrales de su puerta, impelido por algo que ahora va usted a saber, vacilé un punto. En verdad no estaba seguro de no cometer una torpeza, y...

LUCIA. Siéntese, Marqués, siéntese. *(Rafael se sienta.)*

RAF. Gracias *(Pausa breve.)* Vengo a pedirle un favor.

LUCIA. Que yo le concedo desde luego, honradísimo.

RAF. Antes óigame, hágase usted cargo de mi situación y perdóneme usted este paso, y todo lo desagradable que pudiera haber en mis palabras. Yo no quiero ofenderle, ni ofenderme a mí mismo: quiero defenderme. Eso es todo.

LUCIA. ¿Defenderse de mí?

RAF. De..., del mundo..., de la gente... No sé. He recibido esta mañana un anónimo en el que se refieren a usted y a una señora...

LUCIA. A...

RAF. Yo le ruego a usted que no la nombre. En este papel *(Lo muestra.)* me dicen hora y sitio. Me invitan a vigilar su casa de usted y a cerciorarme de quién sale de ella.

LUCIA. ¡Oh, pero eso es una infamia!

RAF. *(Que ha recobrado su serenidad.)* Tal pienso; si no lo pensara, no hubiera procedido como estoy procediendo. Creo, debo creer, que esto es una calumnia horrible; pero me salpica y me mancha. Aquí *(Por el anónimo que tiene en la mano.)* afirman que se dice, que todo el mundo habla y comenta, que se murmura lo que yo no oigo, lo que yo no sé. Mi honor y el honor de quien yo quiero más en este mundo andan en lenguas y...

LUCIA. *(Levantándose.)* Yo no puedo, señor Marqués...

RAF. Ahora soy yo quien le ruega a usted que se siente. He venido...; yo mismo no sé a lo que he venido; sin derecho a interrogarle, pude esperar, atisbar...; decididamente, mi carácter no se aviene a esta clase de espionajes tan ofensivos, sobre todo para mí. Soy un caballero. Siéntese usted. Ahora advierto que acaso puedo haber venido a pedirle a usted un favor.

LUCIA. Le escucho a usted. *(Sentándose.)* He prometido concedérselo.

RAF. Pues bien. He venido personalmente, porque no me era posible en una carta explicarle claro mi deseo y mi necesidad... ¿Me entiende usted? Mi

necesidad, sin lastimarle y sin lastimarme. Un papel sin firma no basta para que yo sospeche de quien no puedo sospechar...

LUCIA. ¡Oh!

RAF. Desde luego, ni para que le acuse a usted. Un anónimo nada prueba; sólo prueba que se habla, que se dice, que se murmura..., y no deben decir, no debemos dar lugar a que digan.

LUCIA. *(Levantándose.)* Yo...

RAF. Le ruego a usted que no se ofenda; pero obrando...

LUCIA. Basta, Marqués. Me cierra usted las puertas de su casa, ¿no es eso?

RAF. No. Le suplico a usted que sea menos asiduo. *(Pausa.)* Espacíe usted sus visitas...; después poco a poco... *(Una pausita más breve.)* Mañana está usted invitado a comer; no venga usted. Busque usted una excusa; después...

LUCIA. Yo no volveré jamás a su casa.

RAF. Yo no he pedido tanto.

LUCIA. Pero yo le concedo a usted cuanto puedo..., y sintiéndolo mucho, aunque sin rencor. ¿Es eso lo que usted quería?

RAF. Es más y mejor de lo que yo esperaba. Y... nada, muchas gracias. *(Le tiende la mano, que Luciano no estrecha.)* ¿Me niega usted su mano?... Entonces...

LUCIA. *(Estrechándole la mano secamente y como despidiéndole.)* Buenas tardes, Marqués.

RAF. *(Cortado.)* Buenas tardes. *(Coge su sombrero del diván y pasa, de derecha a izquierda, por detrás de Luciano, que, arrepentido de dejarle marchar así, exclama, colocadas ya las dos figuras en posición contraria a la que tenían:)*

LUCIA. Un momento. Marqués, ha refrescado fuera, es usted mi huésped. ¿Quiere usted un poco de *whisky?* La copa del estribo, que dicen en Norteamérica. Después, como yo iba a salir, le acompaño.

RAF. Gracias. Yo le ruego a usted que no me acompañe.

LUCIA. *(Con una forzada sonrisa adivinadora.)* Bueno. *(Pausa.)* ¿Y el *whisky?*

RAF. Eso sí; gracias. *(Luciano se dirige a la mesa, y mientras está sirviendo el "whisky", advierte que Rafael da unos pasos hacia la puerta de la izquierda.)*

LUCIA. *(Pasando por delante de Rafael y yendo a colocarse entre él y la puerta.)* ¿Qué hace usted, Marqués?

RAF. Yo soy quien pudiera preguntarlo. ¿Dónde va usted?

LUCIA. He respondido a un movimiento de usted con otro mío, nada más. En mi casa tiene usted hospitalidad; pero no tiene usted derecho...

RAF. A entrar por esa puerta, ¿no es eso? ¿Y si yo quisiera?

LUCIA. *(Yendo a él colérico.)* ¡Señor mío! *(Conteniéndose.)* ¡Marqués, serénese usted!

RAF. ¡Yo!

LUCIA. Su actitud, y usted perdone, no es ni correcta ni airosa.

RAF. Pues la de usted no es clara.

LUCIA. ¡Sí!

RAF. ¡No! Yo tengo derecho...

LUCIA. Yo estoy en mi casa y no tiene usted derecho a nada. Es ya demasiado.

RAF. Eso quiere decir...

LUCIA. Que nuestra conversación ha concluído.

RAF. Y si yo ahora mismo...

LUCIA. ¡Marqués!

RAF. Y si yo ahora mismo me sintiese asaltado de una repentina antipatía hacia usted y...

LUCIA. ¡Salga usted de mi casa!

RAF. ¡A mí!

LUCIA. A usted. ¡Salga he dicho!

RAF. *(En actitud de acometerle.)* ¡Ah! Pues no será sin antes...

SOLED. *(Con un grito desesperado.)* ¡Rafael! *(Apareciendo en la puerta, ya sin sombrero y ligeramente despeinada.)*

RAF. *(Deteniéndose anonadado.)* ¡Oh!

SOLED. *(Ahora casi sin voz y bajando los ojos.)* ¡Rafael!
RAF. ¡Tú! ¡Tú! ¿Es posible? ¡Qué vergüenza!
LUCIA. Señor Marqués, yo...
SOLED. *(Reponiéndose, decidida.)* No; usted, no; tú, no. Yo, yo, hablo yo. Sí, soy yo, yo que he venido a esta casa cuantas veces he querido...
RAF. ¡Oh, Soledad!
SOLED. Por eso, porque he querido, porque quiero a este hombre con toda mi alma.
RAF. ¡Oh, calla!
SOLED. No callo, no. Vete tú, si no quieres oírme; soy mayor de edad, soy libre, amo y dispongo de mi corazón y de mi libertad.
LUCIA. ¡Señorita!
SOLED. Calla, tú tc callas. A no ser que la actitud de mi cuñado, cuya autoridad no acato ni reconozco...
RAF. Es que...
LUCIA. Un momento, Marqués. Ya lo ha oído usted. Usted puede tomar fuera de aquí las represalias que guste, exigir lo que se le antoje; pero ahora...
RAF. Caballero, mi suegro es un pobre anciano; soy el único hombre de la casa. Exijo...
SOLED. *(Fuera de sí.)* Tú no puedes exigir nada. Yo no soy nada tuyo, nada.
RAF. Pero...
LUCIA. Marqués, basta, se lo ruego. Yo quedo a sus órdenes.
SOLED. *(Interponiéndose entre los dos.)* ¡No, eso no! ¡Eso no!
LUCIA. Quedo a sus órdenes, Marqués.
RAF. Así lo espero. *(Mutis foro. Luciano le sigue. Una pequeña escena muda encomendada al talento del artista. Luciano vuelve a aparecer.)* ¿Qué ha hecho usted, Dios mío?
SOLED. ¿Y usted me lo pregunta? ¿Qué ha hecho usted de nosotras, podría preguntarle yo? ¿Qué ha hecho usted por satisfacer un capricho inmundo?

LUCIA. ¡Señorita!

SOLED. ¡Ah! ¡Es muy bonito!, ¿verdad? Para los hombres la conquista de una mujer, aunque destroce un hogar, aunque rompa para siempre una vida, es un lujo, un éxito, una gloria. Y a nosotras, las pobres mujeres engañadas, vencidas por vuestros embustes, no nos queda más solución que llorar. ¿Qué es lo que he hecho, me pregunta usted? He hecho lo que debía, lo que sentía, mi deber. Y usted se va ahora mismo.

LUCIA. ¿Yo?

SOLED. Sí. Yo no puedo irme. Yo no puedo dejar a mi hermana aquí. No debe ser. No puede ser. No puedo consentirlo. Rafael espera en la puerta, sin duda. Lléveselo usted, prométale, miéntale... Usted no puede batirse con él; eso no, ¿lo oye usted?, eso nunca, y se va usted después de Madrid, de España.

LUCIA. ¡Pero, señorita!

SOLED. Usted no puede batirse con Rafael por esto ni por nada. Yo pago una culpa que no es mía; usted pague la suya. Y ahora, fuera, fuera; váyase, busque un coche, mande un coche, que yo me lleve de aquí a mi hermana; pronto, pronto. *(Empujándole casi. Luciano hace mutis. Cuando se oye el portazo, Soledad llama, casi sin voz, a su hermana.)* Luisa, Luisa.

LUISA. *(Que sale y cae postrada ante su hermana.)* Perdóname, perdóname. Estaba loca... Yo te juro que no supe medir el paso que daba... Dime que comprendes, dime. .

SOLED. Ahora no. Levántate, serénate, vámonos de aquí. Vuelve a tu casa, vuelve a tu vida de mujer honrada, vuelve al único amor posible.

LUISA. ¿Pero y tú, tú?

SOLED. Yo era libre y he cumplido con mi deber. Mi deber era salvarte; ya te salvo.

LUISA. ¡Pero tú te pierdes, hermana, te pierdes, madrecita mía!

SOLED. Yo no tenía nada que perder; todo lo perdí antes.

LUISA. ¿Antes? ¿Por qué?
SOLED. *(Acariciándola y besándola.)* Calla ahora, calla tú; yo no debo, no puedo llorar, no tengo derecho a llorar; pero tú calla, calla...

TELÓN

ACTO CUARTO

Habitación de Soledad. Decoración a ocho paños. En el primero de la derecha, oblicuo y corto, un metro, una chimenea de mármol. El segundo paño, de frente al público, es una pared de cincuenta centímetros. El tercer paño, de canto al público, es decir, perpendicular, contiene una ventana cristalera por donde entra la luz, y tiene un metro de ancho. El cuarto paño, horizontal, de frente al público, como de dos metros, une al paño tercero con el quinto, y el techo es un arco de bóveda. En el centro de este paño, la puerta del foro, que da a un pasillo. El quinto paño, liso, lateral al tercero, contiene una cómoda moderna y alta de muchos cajones. El sexto paño, en la misma disposición que el segundo, contiene una maleta. El séptimo paño baja formando ochava, es mucho más grande que el primero y tiene en el centro una puerta que se supone da a la alcoba de Soledad. El octavo paño es de un metro, perpendicular al público, y tiene una puerta pequeña. Toda la decoración va un poco oblicua de derecha a izquierda. La decoración está en azul con una cenefa de flores, y los muebles son color hueso, con cretona de flores, haciendo juego con el friso de la pared. Los muebles son: un sillón de brazos entre la chimenea y el segundo paño, una mesa chiquita con utensilios de tocador frente a la cristalera del paño número tres; la cómoda, en el paño quinto; un escritorio de señora en el paño sexto, donde está la maleta, y un sofá, a la derecha de la puerta de la alcoba. Sobre la chimenea habrá unos marcos de plata con retratos. Es media tarde.

ESCENA I

Luisa, en traje de casa, se entretiene en guardar ropa blanca, que saca de la cómoda, en la maleta. Cuando está en cuclillas ante ésta, aparecen por el foro *Antonio* y *Cuevaclara.* Antonio tira su sombrero con aire desolado

en la mesita-tocador, y Cuevaclara, que le sigue, llevando su sombrero en la mano, va a sentarse en el sofá. Luisa habla sin moverse de donde está.

LUISA. ¡Hola, papaíto! *(Antonio no le contesta.)*
CUEV. Buenas tardes, Luisa.
LUISA. Buenas tardes, tío Fernán. *(Pausa. Antonio se pasea por la habitación muy preocupado. Luisa, en voz muy baja, dice a Cuevaclara:)* ¿Hay algo de nuevo? ¿Habéis resuelto algo?
ANTO. *(En voz más alta.)* ¡Nada, nada! ¡Como si se lo hubiera tragado la Tierra!
LUISA. ¿Pero habéis ido?
ANTO. ¡A buscar a ese hombre, sí! Al seductor. ¡Qué bonito!, ¿eh? ¡El seductor! A mí mismo me parese una farsa, me parece que estuviera representando una comedia antigua. ¡El seductor!
LUISA. ¿Pero fuisteis a su casa, papá?
ANTO. A su casa, y al Círculo, y a la Dirección de Seguridad. ¡Nada! ¡No saben de él! ¡Ha huído!... ¡Ah! Pero ella ya sabe dónde está; ella lo sabe... Probablemente están de acuerdo... Se juntarán después, para vivir una vida de libertinaje y de vergüenza.
CUEV. ¡Antonio!
LUISA. *(Levantándose.)* ¡Papá, por Dios! Eso no; yo te juro que eso no.
ANTO. *(Volviéndose a Luisa iracundo.)* ¿No? Pues entonces, ¿qué... qué... qué piensas tú, qué crees?
LUISA. *(Confusa.)* Yo...
ANTO. Nada, nada, ¡claro!; nadie sabe nada, nadie piensa nada, y yo, loco de oprobio, de ira y de desesperación. Es horrible, es una vergüenza horrible, que no me dejará vivir...
CUEV. Pero...
ANTO. Si ya sé, ya sé que yo no tengo la culpa. Toda mi vida fué un modelo de honradez, un espejo de laboriosidad; yo no tengo la culpa; pero hay una voz interior, una voz lejana, que me dice: "¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!" Y yo lucho, y reflexiono y pienso que no, que no, que

toda una vida de honradez no se destruye así, que el capricho de una loca no puede mancharnos a todos, que las culpas de los hijos no irradian sobre los padres; que es absurdo, que mi honor es mío, depende de mí, y, sin embargo, desde los rincones de mi corazón una voz me grita: "¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!..." Y ya no sé decir más, ya no sé pensar más... ¡Qué pena y qué vergüenza! *(Cae llorando en el sillón. Cuevaclara y Luisa acuden a él.)*

CUEV. ¡Antonio, Antonio!

LUISA. Papaíto, no te aflijas así.

ANTO. *(Levantándose y tornando a sus paseos.)* Basta, basta; no se hable más de ello, no se la nombre siquiera. Ha muerto, se ha matado ella misma. *(Durante toda la escena, Cuevaclara y Luisa de pie, quietos y agobiados. Don Antonio, paseándose, desesperado, como quien habla consigo mismo.)*

CUEV. Antonio, mejor será que salgamos de esta habitación; te entristeces más en ella; aquí todo te la recuerda.

LUISA. Papá, Soledad debe volver.

ANTO. Bien, sí, que vuelva, que recoja sus papeles y sus trapos, y después, fuera, lejos.

LUISA. No, papá: mi hermana debe volver a vivir con nosotros.

ANTO. ¿Con nosotros? Pero ¿has perdido el juicio? ¿No sabes quiénes somos? ¿No sabes quién soy?... Nuestro honor, el concepto que de él tuvieron todos los míos, me impide pasar por semejante vergüenza. ¿Que mi corazón de padre llora? Pues lo amordazo y lo callo... Soledad no puede volver a mi casa; por lo menos, así.

LUISA. ¡Pero papá!...

ANTO. ¡He dicho que no! Casada, sí; casada con ese... hombre, ¡qué le hemos de hacer!, bueno. Más tarde..., cuando yo la viera de nuevo por el buen camino, por el que no debió dejar nunca,

yo la perdonaría. Pero así, ahora, no, no; yo no recojo perdidas bajo mi techo.

LUISA. Papá, mi hermana no es una perdida. Yo creo que todo tiene remedio. Fué una locura de un momento, que no tuvo consecuencias; fué ese día por única vez...

ANTO. No, no, mientes. *(Movimiento de Luisa.)* Perdona, te engañas: ella ha confesado lo contrario.

LUISA. ¡No es posible, papá!

ANTO. ¿Pero qué empeño tienes en defender lo indefendible?

LUISA. Yo lo que pretendo...

CUEV. Déjalo, Luisita, déjalo. Tu padre tiene razón. Ella se volvió cínica ante tu marido, y dijo... lo que dijo aquel día. Ahora, en casa, a mí y a mi mujer nos ha confesado lo mismo. "Fuí la querida de ese miserable." Eso nos ha dicho.

LUISA. ¿Eso ha dicho? ¡Pero si no es posible, Virgen santa!

ANTO. No debía serlo, no; no podía serlo; pero es, es. Ahora, lo que yo me pregunto, lo que hace que yo enloquezca, que yo desespere es... ¿por qué no se disculpa? ¿Qué dice? ¿Qué razón da? ¿Cómo ha podido trastornarse esa muchacha hasta el punto de que en tu casa, donde la habéis acogido, con tu mujer, a cuya caridad debe el no estar en medio de la calle, a ti y a su tía les haya dicho eso, eso: "Fuí la querida de ese miserable", sin más explicación?

LUISA. ¡Oh, no, por Dios, eso no puede ser!

CUEV. Yo no miento, Luisita. Así nos lo ha dicho, llorando mucho, es verdad, muy arrepentida; pero rechazando toda idea de reparación y de matrimonio. Mi mujer y yo hemos agotado las reflexiones y los consejos; pero no cede. Dice que no quiere casarse a la fuerza, que no admite la piedad de un miserable, que no quiere vivir unida para siempre a un canalla.

ANTO. ¡Si tan canalla le pareció debió pensarlo antes!

CUEV. Dice, además, que reconoce su falta, que la expiará, que no puede ya vivir aquí...
ANTO. ¡Nunca, nunca!
CUEV. Ni en mi casa; que se marchará lejos, a vivir de su trabajo, al extranjero. Que te había pedido permiso...
ANTO. Para venir aquí a recoger unas ropas, sí, y unos papeles. Que se los lleve, que se vaya. *(Muy emocionado.)*
LUISA. Pero papá...
ANTO. Basta, basta; no tengo más que una hija. ¡Soledad ha muerto!... ¡Soledad ha muerto!... ¡Soledad ha muerto!... *(Cae llorando otra vez en el sillón.)*
LUISA. Papá...
CUEV. Calma, calma, Antonio.

ESCENA II

Dichos y *Gabriel Legarda,* por el foro.

GABR. Don Antonio, usted dispense; ahí, en el despacho, está Moritz.
ANTO. Yo no puedo recibirle; no estoy para nadie.
GABR. Eso le he dicho; pero insiste.
ANTO. ¿Pero qué quiere?
GABR. Dice que tiene que hablar con usted de precisión; yo le manifesté que podía confiármelo a mí, y no quiso. Dice que es del negocio.
ANTO. ¡Bastante me importa a mí ahora el negocio!
CUEV. Anda, a ver... ¡quién sabe!...
ANTO. No, no. Bueno... que pase aquí.
LUISA. ¿Aquí, papá?
ANTO. Sí, qué más da... *(A Gabriel.)* Anda, llámale.

ESCENA IIII

Dichos y *Moritz,* por el foro.

MOR. Buenas tardes. *(A los demás.)* Buenas tardes. Usted disimula, si yo...
ANTO. *(Sentado en el sillón.)* Bueno, bueno. ¿Qué ocu-

rre? *(Pausa breve.)* ¿No me podía usted decir mañana lo que va a decirme hoy?

MOR. Sí podía; pero no podía. Mañana hubiera estado más peor; pronto es mejor.

ANTO. Bueno...; pues pronto...; le oigo. ¿De qué se trata? *(Moritz, indeciso, mira a todos lados.)* ¿Es reservado?

MOR. ¡Oh! Yo, la verdad, yo no sé si...

CUEV. Nada, nada; nosotros nos vamos. ¡No faltaba más! Anda, ven, Luisita. *(Mutis por la lateral izquierda Luisa y Cuevaclara.)*

MOR. Bien, señor don Antonio. Usted nunca quiere que yo le diga vizconde...; entonces yo digo don Antonio... Yo comprendo que usted me reciba de mal humor... Cuando ocurren estas...

ANTO. Querido Moritz, hágame el favor de no comprender ni adivinar nada.

MOR. Sí, señor.

ANTO. Si le parece a usted que tengo mal humor, yo lo disimularé; pero hágame el favor de no comentarlo, ni adivinarme la causa.

MOR. Sí, señor. Yo quería justificar, nada más, la urgencia de esta entrevista. Yo soy fiel cumplidor de mi deber, yo tengo una responsabilidad, y yo debo advertir las cosas a tiempo. Estamos a diez y seis de mayo, el día treinta hay que dar al público, lo hemos prometido en el prospecto-anuncio, la edición ilustrada de la *Historia de la Literatura y del Arte dramático en España,* del profesor Schack. ¡Oh!

ANTO. Bien. ¿Y...?

MOR. Un momento, señor. El quince de junio está anunciado también *Also sprach Zarathustra. Así hablaba Zaroastro,* con texto alemán en letras góticas, y texto...

ANTO. Bueno, bueno, pues se dan. Y si no pudieran salir el quince, pues salen el veinte, y si no, el treinte, y si no, el año que viene.

MOR. ¡Oh, no, señor! Usted dispense... Primero, que retrasos perjudican negocio; después, que con

retraso no se consigue nada, porque retraso sería siempre indefinido.

ANTO. No comprendo por qué.

MOR. La señorita Soledad ¿va a volver a la oficina?

ANTO. Y eso, ¿qué tiene que ver?

MOR. Lo digo porque hace tres días que la señorita Soledad no viene, y es ella que tiene los bocetos de los dibujos de Historia y las muestras y facsímiles de la letra gótica para la obra de Nietzsche.

ANTO. ¿Y usted no sabe dónde los tiene?

MOR. ¡Oh, sí, señor, yo sé dónde los tiene, pero es lo mismo que si yo no sabe nada. Ella guarda siempre todo en su escritorio, pero yo no tengo la llave y yo no puedo violentar los cajones de la señorita Soledad.

ANTO. Ni hace falta: se le mandará pedir la llave. Mañana la tendrá usted. ¿Qué más?

MOR. ¿Qué más?

ANTO. Sí. ¿Qué más, qué tiene usted que decirme?

MOR. ¿Qué más...? *(Transición.)* Mire, don Antonio, yo... La señorita Soledad está indispensable negocio, la señorita Soledad está quien sabe de esas ediciones de lugo, que tiene toda la organización de trabajo, y... la señorita Soledad tiene que venir a la oficina.

ANTO. Eso es cuenta de ella y mía.

MOR. Yo no sé de quién es la cuenta; pero la señorita Soledad tiene que venir a la oficina.

ANTO. Bueno, bueno, Moritz; basta.

MOR. No, señor don Antonio, no basta. Yo tengo la obligación de no callarme. Yo sé...

ANTO. ¿Qué, qué sabe usted?

MOR. Yo sé que negocio no puede andar bien..., y la señorita Soledad tiene que venir a la oficina.

ANTO. Le he dicho a usted que basta ya, Moritz.

MOR. El negocio es una cosa muy seria. *(Don Antonio se ha levantado y ha vuelto a sus paseos.)* Yo comprendo que han ocurrido cosas desagradables, que atañen al sentimiento, a la familia, a la honorabilidad...

ANTO. ¡Cállese usted!

MOR. Yo me callo..., pero la señorita Soledad tiene que venir a la oficina.

ANTO. *(Furioso.)* ¡Cállese usted, le digo! Y si no tiene nada más que comunicarme, ya puede retirarse. ¡Hala!

MOR. *(Se marcha, y al llegar a la puerta se vuelve gritando entre enfurecido y lloroso.)* La señorita Soledad es la persona más decente, más trabagadora y más inteligente de esta casa, y yo...

CUEV. ¡Pero hombre! *(Saliendo.)* Cállese usted, señor Detlempsn.

ANTO. ¡Habráse visto!

LUISA. *(Saliendo.)* Cállese usted, Moritz; papá no está para oír ahora...

MOR. Yo sé, yo sé. Usted perdone, señor marqués; usted perdone, señora Luisa; pero hace seis años que trabago a las órdenes de ella, y yo sé...

ANTO. Usted no sabe nada, y hágame el favor de no meterse en lo que no le importa. Bastante hemos hablado.

MOR. ¿Usted no quiere hablar nada más conmigo?

ANTO. No, señor.

MOR. Entonces... usted me hace favor de buscar otro empleado para mi sitio.

LUISA. ¡Moritz!

CUEV. ¡Profesor!

ANTO. Está bien. Como si lo hubiera encontrado ya. Puede usted marcharse hoy mismo.

LUISA. ¡Papaíto!...

MOR. Usted me echa como un perro...

LUISA. Usted es el que quiere irse, Moritz...

MOR. Sí, es verdad; yo soy quien me foy; pero yo no quiero irme peleando con nadie, y menos con usted, don Antonio. Yo le he querido a usted como un padre.

ANTO. Pues no lo parece...

MOR. No lo parece, pero yo lo he querido como un padre. Yo veo, ¡claro!; yo sé, ¡claro!, ¡cómo

no!, lo que la señorita Soledad representa para negocio. Su falta es... la ruina del negocio, y yo tengo la obligación de decirlo. *(Pausa.)* Esto es. *(Pausa.)* Yo sólo hablo por la prosperidad del negocio...

CUEV. Bien, bien... Ya veremos... Ande usted, ande...

MOR. No. Yo ahora veo claro también que la señorita Soledad no puede volver nunca a la oficina.

ANTO. ¡Nunca, nunca!

MOR. Entonces... a mí me da mucha pena; pero... yo no puedo ser responsable con otra persona que venga sustituirla; yo... me da mucha pena... Adiós, don Antonio...; yo tenía una boina intención; yo... no puedo..., no..., nada, está imposible..., nada... ¡Adiós! *(Mutis.)*

ESCENA IV

Antonio, Cuevaclara, Luisa y luego *Criada.*

CUEV. ¡Pobre muchacho! Después de todo, es un arranque sentimental de buen empleado y buen compañero...

ANTO. ¡Es una vergüenza, una vergüenza! Enterado todo el mundo, los empleados, los criados...

LUISA. ¡Qué remedio, papá!

CUEV. Este último incidente no tiene importancia...

ANTO. Tiene mucha. Significa mucho que ya los extraños quieran tomar cartas en un asunto doloroso y triste, que no les concierne para nada...

CUEV. Ya sabes cómo es este alemán. *(Entra la Criada y habla a solas con Luisa.)* Extremoso y exagerado. Ni se va, ni ése es el camino... Ha tenido su arranque y...

LUISA. Papaíto..., Soledad está allí; viene por sus cosas...

ANTO. Vamos, Fernán... *(Pasa de derecha a izquierda.)*

LUISA. Papaíto... Si yo pudiera conseguir, si yo pudiera convencerla...

ANTO. De que se case...

LUISA. Si ella quisiera hablar contigo, decirte...

ANTO. Casada. Hablará conmigo casada. Si sabe dón-

de está él, si quiere el camino limpio y recto.

LUISA. ¡Papaíto!...

CUEV. Vamos, vamos...

ANTO. Si no es así..., nada...; ¡es que ha muerto, ha muerto! Vamos, Fernán. *(Mutis los dos.)*

ESCENA V

Luisa y *Soledad.* Luego, la *Doncella.* (Después de una breve pausa, en que Luisa cierra la maleta, cuando está todavía agachada, aparece en el foro Soledad, que se queda inmóvil apoyada en el quicio de la puerta. Luisa corre a ella, y las dos hermanas se abrazan y quedan un buen rato así en el fondo de la escena. Cuando se separan, Luisa llora; Soledad está muy conmovida, pero se contiene.)

SOLED. Bueno, vamos. Abreviemos este instante, hermana mía.

LUISA. Acabo de cerrar... *(Lloriqueando.)* tu maleta...; ahora que... yo te arregle allí la ropa blanca..., la de esos cajones.., Soledad...

SOLED. Bien, bien...; llama. *(Luisa toca un timbre. Sale la doncella.)*

DON. ¡Señorita!

SOLED. Haz el favor de bajar al coche esa maleta.

DON. Sí, señorita. *(Va y la coge.)*

LUISA. *(A la Criada.)* Déjala en el recibimiento. Luego la bajarás.

SOLED. ¿Por qué?

LUISA. Luego, cuando tú salgas, la baja. *(A la Criada.)* ¡Anda, anda!

SOLED. Como quieras. *(Dirigiéndose al escritorio.)* Mis papeles. *(Saca unos papeles y un álbum, que cae al suelo.)* ¡Ay!

LUISA. ¿Qué álbum es ése? A ver...

SOLED. *(Quitándoselo.)* No, no; no lo abras. Es mi diario, mi libro de memorias. Por eso, porque no lo abriera nadie, he querido venir yo misma a llevármelo. Así. *(Lo guarda todo en una cartera de papeles que lleva consigo.)* Y ahora, hermana mía... *(Tendiéndole los brazos.)*

LUISA. Soledad.
SOLED. ¿Qué?
LUISA. ¿Quieres oírme un momento? Tú no te puedes marchar así.
SOLED. Tengo que marcharme.
LUISA. ¿Quieres oírme un instante? Esto es una locura, casi una estupidez; perdona. No ha pasado nada...; yo he olvidado ya, me he arrepentido; tú no eres culpable... ¿Cómo te vas a ir?
SOLED. ¿Y cómo me puedo quedar, hermanita? No pretenderás que yo intente lo más absurdo de todo, lo inadmisible, lo imposible. Casarme con un hombre que te pretendía a ti, que es el culpable de todo este dolor, a quien no quiero y que no me quiere, que no querría casarse. Y que aunque quisiera..., no puede ser mi marido, no puede ser tu cuñado, no puede volver a entrar en esta casa. Tú lo sabes; piénsalo.
LUISA. No, eso no; pero... ¿y la verdad?
SOLED. ¡La verdad! ¿Pero podemos decir la verdad? ¿Puedes tú decirla? ¿Y a quién? ¡Dios mío!
LUISA. A papá.
SOLED. ¡Calla, calla! ¡Para causarle un nuevo dolor!
LUISA. Mucho menos amargo.
SOLED. ¡No, no!
LUISA. Y mucho menos injusto del que padece ahora.
SOLED. ¡No, no!
LUISA. Papá... es bueno, te quiere mucho. *(Soledad, muy azorada, corre al foro, cierra la puerta y baja a cerrar también la lateral izquierda, de espaldas a la cual queda.)*
SOLED. ¡Calla, calla, que pueden oírnos!
LUISA. A papá le digo yo toda la verdad. Sabrá mi locura, que no tuvo consecuencias.
SOLED. ¡No, no; calla!
LUISA. Sabrá este intento de sacrificio tuyo, que yo no puedo admitir; perdonará..
SOLED. ¿Y tu marido, y el tío Fernán, y mi vergüenza?
LUISA. Pero es que tú no puedes marcharte así, no puedes. ¡Esto es una insensatez, una tempestad en un vaso de agua!

SOLED. Una tempestad que ya se hizo enorme, para acabar al fin, gracias a Dios, con la insoportable tempestad de mi alma.

LUISA. ¿De tu alma?

SOLED. ¡Sí, sábelo ya, debes saberlo todo, todo: yo no puedo consentir que tú pienses que estoy loca! Todo es un castillo de naipes, convengo en ello; todo es una ficción; pero en esa ficción debemos seguir viviendo, porque es la única que puede salvarnos a todos, porque vale más que la verdad. La verdad que tú pretendes ahora no sería más que una mentira; sí, una mentira más que traería aparejada otra, y otra, y otras, y que tejería una red de embustes horribles que nos ahogaría a todos. ¡No, no; me debo ir, me debo ir! ¡Adiós, Luisa!

LUISA. ¡Pero Soledad!

SOLED. ¿No comprendes que lo he urdido yo todo sin querer, queriendo sin querer y sin saber lo que quería? Yo no me he sacrificado por ti, ni por tu honor, ni por el de mi casa, no; todo eso es mentira, mentira; a mí me importaba tu marido, me importaba Rafael, su honor, y su ilusión, y su paz, y huyo de aquí para siempre porque estoy enamorada de tu marido.

LUISA. *(Retrocediendo asustada.)* ¡Soledad!

SOLED. Desde el primer día que le vi, desde que llegó a esta casa y creí que era a mí, a mí, a quien iba a solicitar su amor.

LUISA. ¿Pero qué estás diciendo?

SOLED. La verdad, ¿no querías la verdad?, pues ésta es la verdad espantosa que nos separa para siempre, que me arroja de mi casa.

LUISA. ¡No, eso no!

SOLED. ¡Si, eso sí; eso sí! El dolor más grande de mi vida fué tu boda. Yo pensé en huír inmediatamente; pero organizasteis vuestro viaje de novios, y entonces pude quedarme aquí a llorar a solas.

LUISA. ¡Hermana, hermanita!...

SOLED. Volvisteis... *(Se está ahogando.)* y empezó este

martirio de que no tienes idea. Volví a pensar en marcharme, pero no tenía valor. Sentía la necesidad de abandonar esta casa, pero no podía; y entonces, en la locura de mi angustia, yo le pedía a Dios un motivo, una razón que os hiciera arrojarme...

LUISA. ¡Arrojarte!

SOLED. Sí; un disgusto contigo, con tu marido, con papá, una boda de conveniencia, yo me hubiera fingido enamorada...; y surgió... esto..., lo que ha surgido. No quise, ¿entiendes?; no quise que tú engañaras al hombre que yo adoraba; y lo salvé, y te salvé, y me perdí; y al sentir que me perdía, me hundí yo misma aún más en mi ruina, como el desesperado que quiere ahogarse, y lo enredé yo sola todo, alegre de perderme, feliz de atarme pies y manos, de huír, de dejaros, de irme lejos... a olvidar. *(Llora.)* ¿Comprendes ahora cómo ya no tiene remedio? Yo le he dado a este amor loco todo cuanto podía darle, todo lo que tenía; y el amor es más ardiente y más fuerte cuanto más da y cuanto más le sacrifica a quien ama. Ya mi amor es más fuerte que yo, ya no puedo resistir la presencia de tu marido: acabaría diciéndoselo, gritándole mi amor, diciéndole que le adoro...

LUISA. ¡Calla; calla, por Dios!

SOLED. ¡No, no; deja, deja que mi corazón se abra un instante siquiera; deja que yo te diga a ti, que yo lo diga al aire, que yo oiga unas palabras que nunca dije en voz alta, lo que él no sabrá jamás, lo que él no escuchará jamás: le quiero, le quiero, le quiero con toda mi alma, con toda la sangre de mis venas, con todas las vibraciones de mis nervios, con todo el calor de mis entrañas, con todos los latidos de mi corazón y de mis sienes, y de mis pulsos; con todo mi ardor contenido tanto tiempo, con todos los restos de mi juventud, ahora y siempre, y en la vida, y en la muerte, y más allá!... ¡Perdó

name, perdóname! *(Cae deshecha en llanto de rodillas a los pies de su hermana.)*

LUISA. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cálmate, cálmate, hermanita mía! *(Intenta levantarla. En este momento se oyen unos golpes dados con los nudillos de la mano en la primera izquierda.)*

SOLED. *(Levantándose asustada y corriendo hacia el foro.)* ¡Papá, yo me voy!

LUISA. No, espera... *(Abriendo la puerta. A su vez Soledad ha llegado al foro, lo ha abierto y se detiene al ver que por la primera izquierda quien entra es Rafael.)*

ESCENA VI

Dichos y *Rafael,* primera izquierda.

RAF. Luisa... ¿qué?... ¿Cede, se casa?

LUISA. *(Con un gesto desolado.)* ¡Se va!

RAF. ¿No tiene remedio? Bien, basta; despídanse ya. *(Envolviendo a Soledad en una mirada de reproche y desdén.)* ¡Parece mentira que una señorita, una mujer de bien!...

LUISA. *(Deteniéndose a mitad de camino para volverse a su marido.)* ¡Rafael, no; eso no!

SOLED. *(Casi sin voz.)* ¡Adiós, hermana!

LUISA. *(Deshecha en llanto corre a ella.)* ¡Soledad!

SOLED. *(Las dos, abrazadas.)* ¡Adiós, adiós, hijita; vuelves a ser mi hija...; adiós! *(Desprendiéndose de ella hace mutis por el foro. Luisa se queda anonadada en el centro de la escena.)*

RAF. ¡Anda, anda, vámonos de aquí!

LUISA. *(Yendo a él.)* ¡Pobrecita, tú no sabes, pobrecita!

RAF. ¡Anda, anda; resignación! *(Hacen mutis los dos por la lateral.)*

ESCENA VII

Soledad, y después la *Criada.*

SOLED. *(Vuelve a aparecer sola, mira en todas direcciones, como despidiéndose de las paredes de*

su casa; corre a la chimenea, coge de ella un r trato con marco de plata, de su padre, lo be y, oprimiéndoselo contra el pecho, huye con e a pocos pasos del foro encuentra a la Criad que acaba de entrar.)

DON. ¡Señorita!

SOLED. ¡Calla..., Juana; sé muy buena, no me olvide Juana!... ¡Adiós! *(Mutis. Llorando.)*

DON. *(Llorando también.)* ¡Señorita..., mi señorita!

TELÓN

ACTO QUINTO

En New York. En el piso veinticinco de una casa de la calle Bro way. Habitación pequeña, de paredes color hueso, alegre y coque na; en la pared del fondo, unas ventanitas cuadriculadas con s cortinillas y una chimenea en bulto de la misma pared. Delante la chimenea, una mesita redonda, dos sillones, uno a cada lado la mesa, en los rincones que forman el empotramiento del ventan A la derecha, dos puertas, primero y segundo término, y entre el un vargueño español bonito y lujoso. Adosado a la pared de la quierda, un gran diván caprichoso, que tiene encima un magníf mantón de Manila y una guitarra. Pimer término izquierda, hueco puerta que se supone da a un pequeño pasillo donde está la pu ta de la calle. En las paredes, platos de Manises; sobre las mes sobre el vargueño, donde pueda ser, jarrones de Talavera, un cua de asunto taurino, original o copia de Roberto Domingo. Un fo grafo. Por las ventanas del fondo se ve la parte alta de los e ficios de New York. Son las cinco de la tarde. Fuera nieva y en chimenea luce una llama alegre.

ESCENA I

Al levantarse el telón *Miss Dolly,* que es una donce elegantita, yanqui, rubia y joven, está sentada, oyen sonar en el gramófono el pasodoble "Suspiros de Es ña", y a poco se oye un timbre y hace mutis por la p mera izquierda. Se la oye hablar dentro, y la respon una voz de hombre. Hablan en inglés, que escribin

quí en su pronunciación figurada para mayor comodidad de los intérpretes.

)OLLY. *(Dentro.)* Ou, yes, yes.
'. DE H. Míster Moritz, it is not jaus?
)OLLY. Brin mi; daz itis icual.

ESCENA II

Iiss Dolly, que vuelve a salir por donde hizo mutis, y *oledad*, que aparece por la primera derecha. *Soledad* ha alido un poco antes, y se queda extrañada al ver que el ›nógrafo está sonando. *Miss Dolly*, que sale con un paquete y una cuenta, inclinándose, confusa, pide perdón a la señora en inglés.

)OLLY. Ay bec you pardon. *(Cierra el fonógrafo.)*
OLED. Guat.
)OLLY. *(Entregándole un paquete y una cuenta que traía.)* For míster Moritz.
OLED. Ol rait. *(Leyendo la cuenta, deja el paquete sobre la mesa y va al vargueño, de donde saca dinero, entregándoselo a Dolly.)* Tu jandres tuenti faif dolars.
)OLLY. Ol rait, misis. *(Hace mutis. Dentro se oye la Voz de hombre,* que dice:) On cenquiu veri moch.
)OLLY. *(Dentro.)* Gut bai.
'. DE H. Gut bai, mis.
)OLLY. *(Que vuelve a entrar en momentos en que Soledad está mirando los discos del fonógrafo.)* Exquiusmi for usin di gramofon.
OLED. Ou no, itis very biutiful.
)OLLY. Very biutiful, yes. Muy precioso.
OLED. Ou you eepiqui spanisch?
)OLLY. Very litlel. Ay and stand. Yo entiende todo; habla muy poquito.
OLED. Y en ocho días que está usted en la casa, hasta ahora no había dicho usted ni una palabra de ese poquito.
)OLLY. Yo tenga mucha verguenza de la pronuncia-

cion. Pero yo tenga una gramatica castellana y yo lee libros españoles. Muchos libros españoles.

SOLED. ¡Ah, sí!

DOLLY. Yes, sí, señora. Las cuatro jinetas del Apocalipsis.

SOLED. ¡Vaya, mujer! ¿También le gusta a usted oír música española, por lo visto?

DOLLY. Yo pedido perdón a la señora.

SOLED. Y yo se lo he concedido.

DOLLY. Cenqiu. Muchas gracias. Música "Suspiros de España" muy preciosa, alegre y... triste, no; pero otra cosa, no muy alegre y no bastante triste. Yo no sé cómo decir.

SOLED. Sí, ya comprendo lo que quiere usted decir. "Suspiros de España" es un pasodoble que, sin perder la alegría del ritmo, está lleno de añoranzas.

DOLLY. Ou, yes...

SOLED. Lleno de melancolía.

DOLLY. Yes, melancolia, ol rait. A mí me gustan mucho todo las cosas españolas, y ahora, en los Estados Unidos gustan también mucho todas las cosas españolas.

SOLED. Pues habla usted muy bien.

DOLLY. Práctica me falta. Aquí, los Estados Unidos que es la patria de todos, que es refugio de todos, que tenido siempre las personas de todas las patrias, antes se hablaban muchos idiomas, pero muy poco español; ahora se habla mucho español. España very culor. Mucho color, mucho pintoresco. Aquí todos enamorados de lo pintoresco.

SOLED. *(Levantándose.)* Acaso no sea todo amor. La América española está muy cerca: conviene conocer su idioma.

DOLLY. Ou, yo no sé éste. Yo es franco amor por lo pintoresco. Yo puedo dar mi palabra de honor a la señora como la palabra de honor de un hidalgo.

SOLED. Very güel, very güel. Muy bien. *(Mira su reloj de pulsera.)* Faif oclok.

DOLLY. Yes, faif oclock.

SOLED. Brinmi ti plis. Cuicle...

DOLLY. Yes, miss Soledad. Pronto, yo trae el te ahora mismo. *(La doncella hace mutis por la segunda derecha. Soledad arregla algo de la habitación, y hace mutis por la primera derecha. La doncella sale una vez con los* kakes *y los emparedados, y hace mutis. Vuelve a salir con las tazas y el azucarero y el servicio de te, y hace mutis. Sale por tercera vez con la* bouillard, *que deja, como todo lo anterior, en la mesita frente a la chimenea, y hace mutis definitivamente hasta que le llegue su hora.)*

ESCENA III

De la calle, esto es, primera izquierda, y habiéndose escuchado antes el ruido de la llave en la cerradura y el portazo, aparecen *Cuevaclara* y *Moritz. Cuevaclara* trae un rico gabán de pieles; viene ahogado, como presa de un desmayo cómico, y se deja caer en el diván.

CUEV. ¡Ay, ay!... Me... mue... muero... es...

MOR. *(También un poquillo agitado.)* No es nada, no es nada, Marqués. Descanse.

CUEV. ¡Ay!... Espar... esparteína..., ca... cafeína... Me... me muero... Dame algo..., algo que acabe en ina...; cualquier cosa. ¡Ay!..., el corazón.

MOR. Agua primero, agua primero. Dolly. *(Aparece la Criada.)* Guif mi guoter plis. *(La Doncella hace mutis, y vuelve con un vaso de agua.)*

CUEV. ¡Ay!... Nunca, nunca..., nunca fuí alpinista.

MOR. *(A la Doncella, mientras Cuevaclara bebe.)* Lift it is aur for ordie.

DONC. *(Cogiendo el vaso que le da Cuevaclara y dejándolo en la mesa.)* Ou tuenti faif floor... puer...

CUEV. *(Pidiendo el vaso y tomando otro trago.)* Eso tuenti faif..., veinticinco pisos...; el ascensor

descompuesto. ¡Viva New York, pero yo me muero! *(Le da como un pequeño desmayo.)*

MOR. *(Mientras la Doncella hace mutis riendo.)* ¡Qué exagerado!

CUEV. *(Como si volviera, mirando a todos lados.)* ¿Dónde estoy? ¡Caray! ¡Un mantón de Manila! ¡Un vargueño! ¡Joselito! ¡Una guitarra!

MOR. ¡España, Marqués! ¡Nuestra querida España!

CUEV. ¡Ya decía yo que España, la España pintoresca, estaba en el extranjero!

V. SOL. *(Dentro.)* ¿Con quién hablas en español, Moritz?

MOR. Calla, calla, espera, una sorpresa.

V. SOL. ¡Una sorpresa! ¿Quién es? ¿Quién es?

CUEV. ¡Esa voz!...

MOR. *(Muy apurado.)* Marqués...

CUEV. *(Levantándose.)* ¿Pero es la voz de Soledad?

MOR. *(Cayendo de rodillas ante Cuevaclara.)* ¡Perdóname, Marqués, perdóname!

CUEV. ¿Pero es Soledad? ¿Está aquí, con usted?

MOR. ¡Perdóname, Marqués!... ¡El amor...!

CUEV. Levántese, levántese. *(Levantando a Moritz.)* ¿Pero es su mujer?

MOR. Sí, señor: mía..., ¡mía!... Y usted perdone si yo no puedo decir... y de usted.

ESCENA IV

Dichos, y *Soledad*, saliendo.

SOLED. *(Al aparecer y ver al Marqués.)* ¡Jesús!

CUEV. ¡Sole, Solita, sobrina de mi alma! *(Abrazo largo. Cuando se separan, Soledad se enjuga los ojos con la mano.)*

SOLED. ¡Tío Fernán! ¡Sí que es una sorpresa! ¡Tío Fernán! ¿Vienes de España? ¿Y papá y Luisita? ¿Vivos? ¿Buenos?

CUEV. Vivos, ¡ya lo creo!, y...

SOLED. No me digas nada más: no quiero ni debo saber nada más. El ansia de mi corazón debe conformarse con lo que sabe ahora. Viven: ¡Dios sea loado! *(Pausa embarazosa.)*

MOR. Yo lo encuentro por casualidad a la calle, yo lo reconozco en seguida, yo grito: ¡Señor Marqués!, y yo lo traigo a la fuerza para que tú lo veas.

CUEV. A la fuerza, porque no me dijo nada de ti.

SOLED. Siéntate, siéntate, tío. Tomarás el te con nosotros, y la cena..., y si quieres descansar...

CUEV. No, chica, no; me voy, me tengo que ir. Ya soy encargado de Negocios de España.

SOLED. ¡Enhorabuena!

CUEV. Salgo hoy mismo para Wáshington; no tengo tiempo.

SOLED. Un ratito, siéntate.

CUEV. Bueno; pero un ratito nada más. *(Sentándose.)* ¡Ajajá! ¿Y cómo ha sido esto?

MOR. El amor... Nos encontramos...

SOLED. Porque él me siguió.

MOR. ¡Naturalmente!

CUEV. ¿Y cuándo y dónde se casaron ustedes?

MOR. Nos casamos...

SOLED. No nos hemos casado. Al tío Fernán no se le engaña.

CUEV. Pero, Soledad, ¿entonces?...

MOR. Entonces... no hemos tenido tiempo para casarnos.

CUEV. ¡Eh!

MOR. Nosotros tenemos aquí mismo negocio que en Madrid. Yo pongo una librería igual que en Madrid, más chica que en Madrid, para vender libros españoles. España y su idioma está el furor aquí. ¡Oh! Ocho de la mañana a la oficina hasta la una: hay que almorzar. Dos tarde, a la oficina hasta siete tarde, a casa: hay que comer, hay que reírnos un poquito, hay que dormir. Sábado, semana inglesa: hay que tomar té en la casa... Entonces no tenemos nunca tiempo para casarnos.

CUEV. ¡Hombre, le diré!

SOLED. El ha salido del paso con sus bromas de costumbre. La verdad es que Moritz es un caballero..., y yo no me podía casar con él, tío Fer-

nán. Al que tan generosamente se acercaba a mí, yo podía darme, pude darme...; no podía pedir.

MOR. Calla, calla, por favor; no hablemos de esto. Me da mucha pena. *(Al Marqués.)* Ella hace lo que quiere, siempre lo que quiere, señor Marqués, y ella... no quiso casarse.

CUEV. Pero es que, amigo Moritz...

MOR. Y acaso ella tiene razón. Ella, muy contenta y muy cariñosa; y yo también muy cariñoso y muy contento. Ella es muy decente, y no tiene ninguno de los fastidios de las mujeres decentes. No pierde su nombre, no pierde su libertad, no pierde sus derechos. Ella puede disponer su dinero que se gana; ella puede firmar contratos que le da su gana; ella puede irse cuando tenga gana.

SOLED. Calla, calla.

MOR. Y yo no puede invocar tonterías del honor, ni darle tiros de revólver amparado por el Código. Unión verdadera y legítima. Amor y libertad.

CUEV. Sí, eso lo cantan en una zarzuela: "Amor y libertad, libertad...", con música del gran maestro Vives; pero eso, en la sociedad actual, no puede ser.

MOR. Está siendo. Hasta que ella quiera otra cosa.

SOLED. Calla, calla, tonto.

MOR. ¿Tonto yo? Extranjeros van a España y se llevan lo mejor de España: mantones, armas, antigüedades, cerámicas, Velázquez, Zurbaranes, Murillos, Grecos... Yo, tonto, me he llevado la mejor mujer de España *(Abrazándola.)*, que es lo que queríamos demostrar. Mi casa es de España, mis pupilas están llenas de España, mi corazón se fué a España y se llevó un pedazo de España.

CUEV. ¡Ole, ole y ole! ¡Así se habla!

MOR. Y así se siente. ¿Cómo está aquello?

CUEV. ¡Figuraos! Los que estamos lejos lo sabemos. ¡Nuestra tierra es la primera del mundo!

MOR. Ahora soy yo quien dice ¡ole! *(Soledad mira*

a Moritz embelesada.) ¿Cómo está Madrid? ¿Cómo está Puerta del Sol? ¿Cómo está cervecería Cocodrilo? ¿Cómo está rey Alfonso XIII?

CUEV. ¡Todo está magnífico!

MOR. ¡Oh, don Alfonso! ¡Gran muchacho, gran simpático, gran valiente! ¡¡Yo lo quiero mucho!!

CUEV. Espero que iréis por allá algún día; es decir, iremos, ¿verdad, sobrina?

SOLED. Si no me muero yo antes..., cuando pueda y deba ir a rezar sobre una tumba. *(Transición.)* Y vamos a tomar el té. *(Se levanta.)*

CUEV. No, chica; yo no puedo.

SOLED. ¡Pero tío!

MOR. Querido Marqués.

CUEV. No puedo, no puedo. El tren sale de la estación de Pensylvania dentro de media hora. ¡El ascensor está descompuesto!...

SOLED. ¡Ah! ¿Sí?

CUEV. ¡Figúrate! ¡Son veinticinco pisos! Adiós, Moritz. Adiós, sobrina..., y a legitimar esto. Voy a escribir.

SOLED. Ni una palabra.

CUEV. Pero...

SOLED. Ni una palabra, tío; es una súplica encarecida, mi padre no quiere saber de mí; yo tampoco quiero, tengo mis razones. Si hablas... destruirás mi vida, tío, ni una palabra. Lo que vas es a volver...

CUEV. A ser padrino, ¿verdad? Yo me daré una escapadita desde Wáshington. Y ahora, adiós.

SOLED. *(Yendo a la mesa.)* Llévate unos emparedados, un kake.

CUEV. ¡Pero mujer!...

SOLED. *(Envolviendo ya en un periódico esas cosas.)* Sí, tío; te los comes en el camino.

MOR. Sí, sí; están muy buenos; los hace ella misma.

CUEV. ¡Pero es que ya no tengo tiempo!...

SOLED. Ya está, tío, ya está; cuestión de medio minuto. *(Entregándole los paquetes.)* Anda..., y a no olvidarnos.

CUEV. Puedes estar tranquila.

MOR. Que vuelva pronto.
CUEV. Lo prometo. Hasta pronto, Tanhauser... ¿No se acuerda usted? Siempre le llamaba Tanhauser. *(Echando una bendición.)* Y ya sabéis lo que quiero, sobrina, Solita... *(Se abrazan estrechamente tio y sobrina.)* Adiós, muchachos, adiós. *(Hace mutis muy conmovido, seguido de Moritz, lateral izquierda.)*

ESCENA ULTIMA

Soledad y *Moritz.* Soledad se ha quedado en escena muy conmovida, y Moritz vuelve por donde se fué.

MOR. ¡Simpático Marqués! ¿Estás alegre de que yo lo haya traído?
SOLED. Muy alegre, Moritz.
MOR. ¿Y no crees que en el fondo, en el fondo, él tiene razón y que debíamos casarnos?
SOLED. *(Lo mira fijamente.)* ¡Moritz! ¿Estás seguro de que yo te quiero mucho?
MOR. Yo nunca no quiero ofenderme a mí mismo. ¿Y tú?
SOLED. Yo... casi estoy segura de ti. *(Movimiento de él.)* Espera: óyeme antes; ahora lo vamos a ver. Siéntate y escucha. Es muy grave lo que tengo que decirte.
MOR. Entre nosotros no hay nunca nada grave.
SOLED. Siéntate: tú verás cómo sí, cómo todavía hay algo tan grave, que de ello depende nuestro porvenir. *(Se sientan los dos.)* Un año hace que me di a ti libremente, sin fórmulas y sin bendiciones; hice por ti lo que no hubiera hecho nunca. ¿Entiendes? Nunca. Comprendo que te extrañe, porque crees...
MOR. Yo no he dicho nada.
SOLED. ¡Chist! Calla; espera. ¿Crees? Yo sé lo que crees. Espera. Yo he hecho por ti lo que no hubiera hecho nunca, te lo repito. En este año, tus labios de caballero, de hombre...
MOR. ¡Oh, Soledad!

SOLED. Déjame decirlo: eres un caballero y un hombre, Moritz, ¡y lo digo por orgullo de ser tuya! Durante todo este año, de prueba para mí, nunca ni la más leve pregunta, ni la más vaga alusión al pasado me entristeció la vida; por eso..., espera. *(Se levanta y va al vargueño, de donde saca el álbum que se le cayó en el acto anterior.)* Ahora verás, espera; por ese silencio, tan grande como tu amor, yo te doy el premio; tómalo: yo te entrego mi pasado para que leas en él.

MOR. *(Levantándose con el libro en la mano.)* ¿Qué es esto?

SOLED. Mi libro de memorias, mi diario, la historia de mi vida. Por ese libro, donde yo dejé todos los días escritas las sensaciones de mi alma y las tribulaciones de mi espíritu, todo lo que, por ser tan mío, va a ser tuyo, es tuyo desde ahora mismo; por ese libro, Moritz, sabrás que amé a un hombre sin decírselo nunca, a un hombre a quien he olvidado gracias a Dios y a ti, y sabrás que nunca, ¿lo oyes?, nunca fuí la querida de ese Luciano.

MOR. ¡No!

SOLED. No. Eso es lo que tu recato y tu creencia anterior te impidieron ver. No fué ceguera en ti, Moritz: fué discreción y respeto. Yo fuí a casa de ese hombre una sola vez a salvar a mi hermana, y la salvé sin mancharme; y como no me manché—¡óyelo bien, Moritz!—, como no me manché, el primer beso que te dió mi gratitud por tu abnegación y por tu generosidad, fué también el primer beso de amor que le di a un hombre.

MOR. ¡Oh, Soledad! ¿Qué me dices?

SOLED. Lee, lee si quieres; no es una ficción...

MOR. No, yo no leo, yo no dudo, yo nunca dudé de nada, yo nunca pensé nada; pero, ¡caramba!, esto es la felicidad. Yo escribo ahora mismo a tu padre.

SOLED. *(En un grito terrible.)* ¡No! No, no, por Dios; eso no. No lo destruyas todo: no, eso nunca. Si escribes una sola palabra, si alguien sabe algo..., te dejo, me pierdes.

MOR. ¡Soledad!

SOLED. Sí, ya sabes de la firmeza de mis resoluciones. La proclamación de mi inocencia culparía a mi hermana, sería un nuevo dolor para mi padre, haría estéril todo mi sacrificio, sería una cobardía y una infamia. ¡Entiéndeme! Porque te he creído capaz de comprenderme...

MOR. Yo soy capaz de todo, Soledad, y yo estoy llorando de alegría. *(Se deja caer en el diván.)*

SOLED. Yo te lo agradezco; pero sé firme.

MOR. Ya, ya.

SOLED. No tengas la preocupación de tu honor ni del mío. Este es nuestro secreto, el de mi corazón, del cual yo no puedo disponer porque es tuyo; el de tu corazón, del cual tú no puedes disponer porque es mío. Si no piensas como yo, si no sientes como yo, si no tienes el valor de callar, de soportar lo que el mundo supone vergüenza y no lo es, si no estás conmigo, estás lejos de mí; si no eres como yo misma, yo no puedo ser tuya.

MOR. Soy tuyo siempre, siempre...

SOLED. Pruébamelo. No por aparecer mejor ante los demás, abramos una nueva herida sobre la vieja cicatriz de mi padre. No por limpiarme yo, manche a mi hermana. Para eso más valiera no haberla salvado. He de hacer de esta mentira, la verdad, el sacrificio y la razón de mi vida. Así soy yo, y así debes ser tú. Los dos somos uno, Moritz, y estamos solos. ¿Me entiendes? Solos, aislados, aparte, completamente solos, con nosotros y con Dios. Y Dios lo sabe y nosotros. Vivamos con nuestra felicidad, con nuestra íntima satisfacción, con nuestra conciencia y con nuestro amor. Toda la vida he hecho callar a mi corazón; que calle también ahora, sin dar a

los cuatro vientos de la vanidad mi honradez y tu dicha. Para nosotros todo; para Dios, para la conciencia, que es Dios.

MOR. Yo... ¡Oh, no!

SOLED. ¿No callarás?

MOR. Sí, sí. ¡Calla, corazón. ¡Oh! Está gracioso esto, muy gracioso. ¡Ja, ja, ja!

SOLED. ¡Pero te ríes!... ¿De qué te ríes?

MOR. No te asustes. Yo recuerdo un cuento de mi tierra, un cuento alemán que dice: "Ese hombre rubio que pasa por ahí tiene relaciones con mi mujer, y yo lo sé; pero yo tengo relaciones con la suya, y él no lo sabe." ¡Ja, ja, ja! Tú no has estado nunca más que mía, mía, y ahora yo lo sé... ¡y nadie lo sabe!

SOLED. ¡Ah! ¡Ya eres feliz, feliz como yo, mi Mauricio de mi alma! Y ahora... oye... *(Se acerca a él, le habla en secreto, y se separa un poco ruborizada.)*

MOR. *(Levantándose, da un grito fuera de sí, gesticulando como un loco.)* ¡Eh! ¿Qué es esto? ¡No, no; yo me vuelvo loco, yo me muero de gusto! ¿Viene? ¡No... no es posible! *Soledad, sin hablar y sin levantar los ojos, dice que sí dos veces con la cabeza. El sigue cada vez más exaltado, llorando, gritando, riendo, hipando.)* Viene un alemancito nuevo..., un alemán chiquitito..., mío... y tuyo, y de los dos..., un alemancito de España. Y Marqués padrino... de nosotros primero, y del niño después... *(Rompe a llorar.)*

SOLED. Cálmate, cálmate.

MOR. *(Volviéndose de repente.)* Soledad, esposa mía, dame un beso.

SOLED. *(Yendo a él.)* ¡Con el alma y la vida! *(Se besan en el centro de la escena.)* Y ahora... vamos a tomar el té; pero espera, vamos a tomarlo con música, recordando aquello. *(Pone el disco* Suspiros de España *en el gramófono, y mien-*

tras la música suena, empieza a servir el té a Moritz.)

MOR. Ahora yo quisiera...

SOLED. Ahora, ¡chist!... ¡Calla, calla, corazón!

TELÓN

Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.